

## Status social y educación de la mujer moderna

Conferencia pronunciada el día 28 de Enero de 1920, con motivo de la repartición de los diplomas de grado a las maestras y modistas, en la Escuela Normal de Institutoras, por el Sr. J. D. Crespo, Subsecretario de Instrucción Pública

Desde que el señor Secretario de Instrucción Pública tuvo a bien designarme para que clausurara esta velada cuyo objeto es, como bien lo habeis visto, conferirles los diplomas a las señoritas graduadas en este plantel, saludé lleno de satisfacción el momento este, que yo sabía iba a ser para mí de inefable fruición intelectual.

En efecto, señores, pocas cosas a mi ver son tan estimulantes al pensamiento, como el espectáculo que presenta un grupo de señoritas que después de varios años de preparación, salen del Colegio para esparcirse en misión de cultura por todos los ámbitos del país; unas, a combatir contra la ignorancia desde el augusto recinto del aula; otras, a bregar por la existencia en el fecundo campo del trabajo material honrado; todas, a aunar sus esfuerzos con sus hermanos varones en la lucha por el progreso y el engrandecimiento de la Patria.

Cualquier individuo normal, por más lego que sea en achaques de cultura sociológica, no podría resistir su influencia sin sentirse profundamente conmovido. Y para mí, que he hecho de la educación de la juventud el objetivo principal de mi existencia, este bello espectáculo, le habla a mi espíritu con un lenguaje muy elocuente de proféticas perspectivas que hace conmover hasta lo más profundo todo mi sér.

Es que cada una de estas señoritas que hoy reciben su grado por el cometido social que está llamada a cumplir será un factor de poderosísima influencia en nuestro futuro desenvolvimiento social. Su influjo ha de ser mucho más decisivo que el de sus colegas los varones. Ellos en su mayoría, las estadísticas lo demuestran, abandonan en pocos años la profesión del magisterio, rebajando así su esfera de acción al nivel de sus privados intereses. Pero ellas, ora en el aula, ora en el hogar, continuarán siempre su fecunda labor de moldear las futuras generaciones. Cada una de ellas es una escuela en embrión; y en sus manos, en una forma u otra, descansará el futuro bienestar de la Patria.

Por eso yo considero este momento en que

se me ha dado la oportunidad de dirigirme a este selecto grupo de señoritas que cambian hoy la capa de estudiante por la toga magisterial y el delantal del obrero, como un momento feliz de mi existencia, ya que me permite tener siquiera excusas para enorgullecerme de haber contribuído con algo al buen éxito de sus tan importantes labores futuras.

Me apresuro, pues, ya que me sería imposible resistir las sugerencias del momento, a expresar algunas ligeras consideraciones sobre el papel que la mujer está llamada a representar en nuestras modernas sociedades y sobre la clase de educación que tiene el inalienables derechos de exigirle a la sociedad de la cual forma parte.

### La mujer y la guerra europea

Un demagogo norteamericano de Milwaukee, para halagar las masas progermanas de las cuales requería el voto para un asiento en el Congreso de su país, les decía: "Ustedes no han sacado nada de la Guerra Europea sino la influenza y la ley sobre la prohibición de bebidas alcohólicas." Yo no quiero analizar detalladamente los resultados de la guerra. Esto estaría fuera de lugar. Corro traslado de la cínica expresión de Víctor Berger, el demagogo aludido, al ilustré escritor francés Agustín Hamon, cuyo «Balance de la Guerra Mundial» es bien conocido en Panamá, por haberlo publicado CUASIMODO, esa atalaya la más alta del pensamiento latinoamericano; pero sí quiero hacer presente, que si este horroroso cataclismo mundial no hubiera tenido otras consecuencias que el haber despertado a la humanidad al convencimiento de la igualdad social y política de los dos sexos, y haber infundido en la mujer civilizada el conocimiento de sus propios derechos y el deseo de hacerlos valer, esto hubiera sido suficiente, no para excusar quizás la horrible hecatombe, pero sí para que la historia conservara a través de las edades el período actual como uno de los más luminosos en el evolucionamiento progresivo del espíritu humano. Jamás en la historia de la humanidad se ha dado ni podía darse un paso cultural de mayor alcance como el que ha dado el mundo civilizado con el llamamiento de la mujer para que coopere con el hombre en su propia reconstrucción física, política, intelectual y moral. Y no puede ser de otra suerte, pues el contingente femenino

ha hecho con la humanidad lo que ninguna otra cosa, ni el conjunto de todos los inventos del hombre podría hacer; redimir a la mitad del género humano que yacía postrada en el olvido y el desprecio, bajo el «inri» infamante de la ineptitud y duplicar de este modo las fuerzas y el talento de la humanidad. ¿Y sabéis lo que significa duplicar las fuerzas y el talento de la humanidad? Pues nada menos que duplicarle al mundo las futuras oportunidades de progreso; esto es, duplicar la actual civilización. Con razón decía Mary Carey Thomas esta expresión lapidaria, que no he podido nunca olvidar: "Ninguna civilización podrá permanecer siendo la más alta si otra civilización añade al talento de los hombres la inteligencia de sus mujeres."

Lo que parece mentira es que hubiera sido necesario que murieran veintitrés millones de seres humanos, que más de 150 millones hubieran quedado física y mentalmente debilitados y que se destruyeran propiedades por más de cien mil millones de francos para que el hombre pudiera convencerse—y eso muy parcialmente—de ciertas verdades, en tre ellas la igualdad social y política de los dos sexos, que al parecer bastan unas cuantas horas de meditación serena para penetrar y comprender.

### La mujer y el fanatismo tradicional

Pero es que el hombre ha tenido que luchar contra un enemigo formidable: la tradición. Y en asuntos de tradición social los hombres somos peores que la hiedra, peores que el molusco para adherirnos, para afeerranos a las antiguas creencias. Cuando la mente humana se encuentra entre los tentáculos formidables de este pulpo monstruoso que se llama el fanatismo tradicional se extingue en ella toda serenidad, toda imparcialidad de criterio, y todo razonamiento sensato es imposible; y entonces el peor enemigo del progreso del hombre es el hombre.

Y la mejor prueba de que esto es así es que aun hoy día, a pesar de las lecciones intuitivas de progreso que hemos recibido, a pesar de que los cerebros más potentes y autorizados de todos los países civilizados predicaran en todos los tonos el evangelio de los derechos de la mujer, hay todavía, aquí mismo entre nosotros, quienes no queriendo convencerse de las enormes transformaciones sociales que se han operado en el mundo, y como si tuvieran miedo de aceptar las realidades del presente, continúan mirando al pasado, creyendo hallar en él la ley única, por excelencia, que ha de normalizar las relaciones sociales en nuestra época actual.

Yo tengo para mí, con todo el respeto que la autoridad antigua se merece, digna y apellable como es en asuntos de arte y aun de filosóficas abstracciones, que en asuntos sociológicos su autoridad es muy dudosa por decir lo menos; y cuando en la solución de los problemas sociológicos va envuelto el problema de status social, y la educación de la mujer moderna, entonces su autoridad es simplemente ridícula. ¿Qué civilización antigua puede compararse con la griega en profundidad filosófica y expresión sublime de la belleza? Y qué eran las mujeres en Atenas? Cosas destinadas a perpetuar ampliamente la especie, que no podían salir del género y participar en la vida social, sin que el epíteto de «hetairas» santiguara sus rostros como un anatema. ¿No decía el maestro de los maestros, el cerebro más poderoso del mundo, desde luego que me refiero a Aristóteles, que las mujeres no estaban capacitadas debido a su inferior inteligencia para derivar beneficios de la enseñanza secundaria? Solo la voz del idealista autor de la primera utopía se levantaba solemne y grande para predicar la igualdad de la mujer. Pero nadie quería escucharle. Y si esto pensaron los griegos, ¿buscaremos por ventura en la Edad Media la fuente de inspiración para resolver nuestros problemas femeniles? Seguramente nosotros no osaríamos ofender a nuestras mujeres considerándolas como encarnaciones de la virtud, fuentes de pecado, encarnación del mal y otras lindezas por el estilo.

### El ideal moderno

Seré irreverente, seré iconoclasta, seré todo eso y mucho más, pero a toda la rancia sabiduría y a los rancios prejuicios sobre la mujer, yo prefiero el ideal moderno cuando dice por boca de centenares de sus más autorizados representantes: La mujer moderna debe ser social, política, y económicamente independiente; esto es, libre en el verdadero sentido de la palabra; igual al hombre y dueña de sí misma. Nada debe estorbarle el libre desenvolvimiento de su personalidad física, intelectual y moral; nada debe obstaculizar la libre y completa expresión de su ser racional; nada debe oponerse a su amplio y libre aprovechamiento de las modernas oportunidades de progreso que ofrece nuestra actual civilización. Suya únicamente debe ser la responsabilidad de escoger el oficio o profesión para su vida que más de acuerdo esté con sus naturales aptitudes e inclinaciones: y suyo debe ser también el derecho de ejercerlo en condiciones idénticas a las del hombre.

### Otros obstáculos a la emancipación de la mujer

Opuesto a la realización de este ideal no solo encontramos el fanatismo de la tradición. Aliados y asociados a él en vergonzoso contubernio han ido siempre el fanatismo religioso, el egoísmo y la ignorancia, disfrazados más o menos felizmente en diversas formas. Así uno de los argumentos que con más tenacidad se han esgrimido en contra de la emancipación de la mujer es la distinta función que le corresponde desempeñar en la propagación de la especie como madre y señora del hogar. Es tal el énfasis que se le ha querido dar en el concepto y educación de la mujer a las funciones relativas a la maternidad y a la dirección de la familia, que hoy día muchos son los que desean hacer de ésta un yermo espantoso sin alegrías y sin educación.

Indiscutiblemente, ante la imperiosa necesidad de buenas madres de familia que por doquiera se palpa, especialmente entre las capas sociales que ocupan los dos extremos de la escala social, la más alta y la más baja, es hasta cierto punto recomendable destacar este ideal de la buena madre a los ojos de las educandas orlado por una esplendorosa diadema.

Pero a pesar de todo esto, es también innegable que existe un gravísimo peligro en hacer de este elevado sacerdocio «el ideal único» de la mujer, fuera del cual su vida ha de ser un yermo espantoso sin alegrías y sin luz.

Dejando a un lado el poderoso argumento de que no todas las mujeres podrán contraer matrimonio ni tener descendencia, y de que, si es inhumano y cruel hacer víctimas de epítetos ridículos a las que en este caso se encuentren, no lo sería menos educarla en el convencimiento de que ha fracasado en la vida cuando no ha podido encontrar un compañero; dejando a un lado esto, repito, yo estoy firmemente convencido de que además no sería en absoluto saludable a la moral y a las costumbres, el realzar y subrayar constantemente en la escuela y fuera de ella, como es común y corriente entre nosotros los latinoamericanos, las características esencialmente femeniles de la mujer, es decir, el no ver en ella al individuo consciente que debe aspirar a una completa expresión de su ser racional, sino al ente femenino, máquina para la propagación de la especie, o cuando no, creado exclusivamente para deleite y satisfacción del hombre.

Ya desde la última mitad del siglo XVIII hacía notar muy acertadamente la ilustre escritora inglesa Mary Wollstonecraft que,

“mientras tanto el hombre como la mujer convinieran en concentrar su atención en el carácter esencialmente femenino de la mujer, la moral social iría constantemente en retroceso.” “El deseo este de la mujer de ser siempre mujer (hembra), añadía con profundísimo desencanto esta ilustre escritora, es el estado mental que degrada su sexo.”

### Nuevas orientaciones

En efecto, bien está que la mujer se capacite para cumplir dignamente las funciones que en el elevado y noble sacerdocio de la maternidad le corresponden como señora del hogar, compañera del hombre y educadora de sus descendientes. ¿Pero es acaso ésta la única función que la mujer está llamada a desempeñar en una sociedad moderna? ¿Y bastará hoy día una ocupación manual doméstica o una profesión humilde para traer el consuelo y la resignación a la mujer que sabe que ha errado en lo que ella aprendió a hacer el ideal único de su existencia? Yo creo que no!

Las circunstancias de la vida han cambiado mucho desde que la humanidad concibió estas ideas como ideales supremos en la educación de la mujer; y las condiciones de la vida moderna requieren para ella una cultura más amplia que la capacite para comprender y participar en el desenvolvimiento social que a su alrededor se opera. De otra suerte, nos preguntamos nosotros: ¿cómo podrá ser la digna compañera del hombre cuyos problemas desconoce y por los cuales no siente el menor interés? ¿cómo podrá ser la eficiente educadora de su hijo si desconoce o siente aversión por lo que ha de ser la ocupación de su vida? Además, ¿quién tiene el derecho de limitar, de ponerle cortapisas, a las aspiraciones de un ser racional que tiene el derecho de ser libre hasta el grado en que su libertad no pugne con los derechos de los demás?

Pero es imposible que la mujer comprenda estas verdades que serían para ella su redención si continuamos educándola como hasta aquí, en la antigua creencia de que es inferior al hombre y de que, en consecuencia, solo a éste le corresponde la solución de los graves problemas sociales que al mundo se le presentan; y que para ella su radio de acción debe limitarse al hogar, la iglesia, las diversiones sociales y las instituciones de caridad. Los resultados de esta educación son demasiado evidentes para que puedan pasar inadvertidos. Aquí mismo en Panamá los estamos palpando a diario, pues aun cuando aparezca ofensivo a nuestra dig-

nidad,—cuando no lo es sino a nuestro orgullo—preciso es confesar que son relativamente pocas las mujeres entre nosotros de quienes con justicia podría decirse que llevan una vida intensa y productiva. Basta una ojeada casual a la crónica social de nuestra prensa para convencernos de las grandes energías y talentos femeniles que se consumen y agotan en frivolidades estériles con beneplácito general, por falta de una bien dirigida educación femenina y de un criterio social moderno y elevado con respecto a la mujer. ¿Y qué hace el resto de nuestras jóvenes hasta quienes no llegan, directamente, las enervantes influencias del cronista social? Las más, languidecen tristemente en una vida vacía sin poder nunca romper el halo de resignada obscuridad que las circuye; unas, aguardando la llegada de un príncipe azul; otras, consumiéndose en oficios y ocupaciones mal remunerados; todas, esperando encontrar en el matrimonio el áncora de salvación. Pocas, relativamente muy pocas, son las mujeres panameñas que han podido escapar a los funestos prejuicios tradicionales, pero estas pocas, desafiando los convencionalismos retrógrados, han ejercido ya una poderosa influencia en nuestra sociedad. A su iniciativa y perseverancia les debemos ya algunas instituciones que verdaderamente nos honran, como la Cruz Roja Nacional y la Casa Guardiania. Pero estos espíritus elevados son excepciones que han surgido a pesar del medio ambiente en que nos agitamos y que en un todo confirman la ley general.

Pero es tiempo ya de que dejemos de considerar a la mujer como un juguete, o como un mueble decorativo cuyo único fin es servir de ornato al escenario de la vida; y la capacitemos dignamente para que venga a representar los principales papeles del drama progreso. Así, pues, por humanidad, por conveniencia social, por el noble sentimiento de justicia que todos en nuestro contacto con la vida formamos y llevamos dentro de nosotros, yo solicito de los encargados de educar a la mujer, le infundan el saludable convencimiento de que no debe conformarse con las restricciones a sus actividades que en la forma de prejuicios le impone la estulticia disfrazada de serenidad; que ella es libre poseedora de una personalidad perfectible en igual grado que la del hombre y apta para encontrar amplia expresión en cualquiera de los diferentes campos en que la actividad humana se ejercita y fructifica; y que es un deber suyo que nunca podría honradamente rehuir el tender constantemente al perfeccionamiento de esta personalidad y ponerla al servicio de los intereses sociales que la reclamen.

Como se ve, el problema de la educación de la mujer moderna requiere para su solución algo más que la enseñanza de un poco de Historia, Instrucción Cívica y Geografía; y aun algo más que la introducción de la Puericultura y Ciencias Domésticas en el plan de sus estudios; ella necesita, además de esto, que un espíritu amplio y liberal, que un ambiente de sano optimismo y de respeto por su individualidad, desarrolle en ella sus dormidas iniciativas y le infunda la confianza en sí misma de que actualmente carece. Mas que de plan de estudios, la educación de la mujer es un problema de método y de disciplina.

Fácil es, pues, deducir que la educación que a la mujer moderna le corresponde, por los fines sociales que está llamada a realizar tiene que ser idéntica a la que recibe el hombre, salvo aquellas diferencias que las funciones peculiares de su sexo requieran.

### Diferencias entre el hombre y la mujer

Es cierto que entre el hombre y la mujer existen algunas diferencias tanto fisiológicas como psicológicas que algunos pretenden invocar para mantener a la mujer y al hombre lejos del saludable influjo que recíprocamente se ejercen durante el proceso de su educación cuando esta se lleva a cabo para ambos sexos en los mismos planteles. ¿Pero qué importa que el cerebro de la mujer pese unos cuantos gramos menos que el cerebro del hombre? ¿No pesaba acaso el cerebro del gran Gambetta más de trescientos gramos menos que el del hombre común, y dejó por esto el más célebre de los fundadores de la tercera república francesa y el brillante orador de ser uno de los hombres más grandes de Francia y de todo el mundo en su tiempo? ¿Qué importa que la relación entre el peso de su cerebelo y su cerebro sea de uno a trece en lugar de ser de uno a catorce como el hombre? No es por ventura el peso del cerebro del mono Siam un dieciseisavo del peso de su cuerpo cuando el del hombre es solamente un treintaicincoavo; y es acaso este mono más inteligente que el hombre? ¿Qué importa que la mujer sea más personalista y emotiva, ¿no tiene acaso también más poderes de percepción y retención que el hombre? ¿Qué importa que sea menos genial, ¿no es acaso más normal? Si es cierto que al escoger al azar una mujer entre un grupo hay menos probabilidades de que sea un genio que si se escogiera un hombre, ¿no es verdad también que hay menos probabilidades de que sea un idiota? La inspección superficial de cualquier manicomio nos dará la sorprendente noticia

de que casi los dos tercios de los pacientes son hombres. Además, las diferencias anotadas son generales; han sido deducidas tomando el promedio de los hombres y el de las mujeres, pues en puridad de verdad, tanta diferencia psicológica existe entre un hombre y otro hombre como entre un hombre y una mujer. Y numerosos experimentos psicológicos que sería cansado enumerar atestiguan que no es tanto la naturaleza como la educación la responsable de la mayoría de las diferencias existentes entre el hombre y la mujer.

### La coeducación en Panamá

Seguramente nuestro Gobierno lo ha comprendido así y se ha dado cuenta de los enormes beneficios que entraña para el país en general un sistema de educación con idénticas oportunidades para ambos sexos, cuando arrostrando la crítica de los fanáticos partidarios del pasado «a outrance» ha establecido en casi toda la República la coeducación de los sexos, gracias al valor cívico, talento y espíritu progresista que anima al ilustre patriota que en hora feliz comenzó a tomar las riendas del gobierno de nuestra República, doctor Belisario Porras, así como a sus dignos colaboradores señor Secretario de Instrucción Pública y señor Inspector General de Enseñanza.

Un año escolar apenas ha transcurrido y los resultados por dequiera confirman la virtud de la medida adoptada. Las esperanzas de los que ven en la niñez y especialmente en la niñez femenina, un foco de perversas inclinaciones congénitas, que la incapacita para mantener entre sí otras que indecentes y pecaminosas relaciones, han sido defraudadas con el buen éxito alcanzado por la coeducación. Ella ha sentado sus reales firmemente en Panamá y no sería aventurado el predecir que a ella deberá la mujer panameña del futuro su completa independencia.

Si la antigua costumbre oriental de reducir a su mínima expresión los pies de la mujer para que no pudiera mantenerse erguida y tuviera que arrastrarse hasta en su propio hogar en el desempeño de sus múltiples quehaceres domésticos, nos espanta y horroriza por el refinamiento de crueldad que entraña y la simbólica abyección mental que sugiere, el establecimiento de la coeducación de los dos sexos ha hecho muy cercano el día entre nosotros en que nuestra no menos inhumana y cruel costumbre de ponerle trabas a la libertad de la mujer y reducir su inteligencia y sus oportunidades de progreso a la mínima expresión por medio de

ridículos convencionalismos y prejuicios con el fin de mantenerla en completa sumisión ante nosotros, se destaque en nuestra mente y en nuestro corazón con toda la fealdad de su tradicional injusticia.

### El proceso y la renovación de ideales

Yo comprendo que hoy en día, entre nosotros, las mujeres mismas, aun las más educadas, son las que mayores prejuicios y escrúpulos tienen acerca de su propia independencia y libertad. Y muy extraño sería que así no sucediese. ¿No han sido ellas en su totalidad educadas precisamente para esto, para aceptar mansamente los cánones que los hombres se sirvan imponerles y horrorizarse ante la idea de que las cosas pueden ser de otro modo de como en la actualidad están? Los hombres también somos y hemos sido así. Cuántos millones de hombres no han muerto y mueren cada día bendiciendo al déspota que los explota y mata, sin soñar siquiera en un régimen distinto, solo porque han sido educados desde niños para ser explotados y asesinados mansamente por sus señores, y no han podido, o no han querido, abrir los ojos de su inteligencia a la luz de la verdad.

Pero la educación superior de la mujer, bien orientada, la emancipará hasta de sí misma, dándole a conocer que la mujer no llegará nunca al completo goce de sus derechos si no se dispone a dejar en el camino hacia la cúspide de su regeneración gran número de los que considera hoy en día como sus más queridos ideales. Pero así tendrá que ser. Es la eterna ley de la compensación. El hombre ha tenido que hacer los mismos sacrificios y numerosos son los ideales en un tiempo queridos de su corazón que en el ascenso hacia su perfeccionamiento ha tenido que dejar abandonados a la vera del camino como fardos inútiles. ¿En dónde está, por ejemplo, el derecho divino de los reyes por el cual tantos hombres han sacrificado su existencia? ¿Y dónde la sanción eclesiástica sobre los progresos de la ciencia que llevó a Galileo a la prisión y convirtió a Bruno en una antorcha viviente? Hoy mismo, al revisar nuestros valores sociales, ¿no está el mundo perplejo sin saber qué hacer con algunos de nuestros queridos ideales del presente, como el derecho de la propiedad privada, el derecho de la nacionalidad y otros muchos más? Y yo estoy seguro de que si el mundo llega a convencerse de que es absolutamente imprescindible al progreso de nuestra civilización el que estos ideales se repudien, ellos serán repudiados. Así también tendrá que hacer la mujer en

su esfera. No importa que unos ideales desaparezcan de nuestra vida. Nuevos ideales surgirán para sustituir los pasados cumpliéndose así la ley de la vida que es una eterna y constante renovación.

### Deberes y derechos

Señoritas graduadas:

Tengo razones suficientes para creer que vosotras habéis interpretado correctamente mis palabras y os habéis dado cuenta de los derechos y grandes responsabilidades que a la mujer moderna le incumben; y no os dejaréis sorprender en el futuro con erróneas aseveraciones de que mi propósito es destruir el hogar, y por consiguiente la sociedad entera, haciendo de la mujer un ente rebelde a toda restricción que le imponga el deber. Esto me sería sumamente doloroso, tanto más, cuanto que, por el contrario, uno de mis mayores anhelos es hacer presente que ningún derecho puede conquistarse sin que traiga consigo sus correspondientes deberes, y que si vosotras aspiráis al completo goce de los derechos de que os he hablado, solo habrá una vía expedita para vosotras: el cum-

plimiento de los grandes deberes que les son inherentes. Para esto quiero que recordéis también que no fueron los ataques a la autoridad constituida, ni las bombas en los teatros, ni la destrucción de la propiedad pública y privada, ni las demás acciones inciviles e indecorosas de las sufragistas sino el trabajo honrado y perseverante, la abnegación y patriotismo de la mujer inglesa, lo que convenció al pueblo inglés de la justicia que entraña el reconocimiento de los derechos de la mujer, y hoy Lady Astor ocupa un asiento en el Parlamento de Inglaterra.

Y así, al felicitaros a vosotras y a vuestros profesores y miembros del personal administrativo de este plantel en nombre del Gobierno y en el mío propio por el éxito alcanzado, yo os encarezco nuevamente continuéis mediante el estudio y la lectura de obras serias e instructivas vuestra educación y procurando tener siempre, eso sí, una mentalidad amplia abierta a toda idea nueva que signifique progreso. La educación que habéis recibido y las profesiones que vais a ejercer son la llave del futuro progreso y engrandecimiento de vuestro sexo. Yo espero que vosotras sabréis usarla ventajosamente.



# Trabajos Notables

(Traducciones y reproducciones selectas)

## Quando los grandes cuatro se reunieron

MAYNARD KEYNES

Este artículo es el capítulo de un libro cuyo autor fué el representante principal del Tesoro inglés en las Conferencias de la Paz, habiendo asistido al Consejo Supremo Económico hasta Junio 7 de 1919, como delegado del Canciller de la Tesorería inglesa. Renunció este puesto cuando se hizo evidente que ya era imposible abrigar esperanza alguna de una modificación sustancial de los términos de aquella paz deshonrosa para los aliados (por ser contraria a sus promesas solemnes y tan desastrosa para el orden en toda Europa). El libro en cuestión es en parte una profecía de los desastres que actos de tan gran inmoralidad y torpeza pueden acarrear, y en parte un esfuerzo para indicar algunos medios de trabajar por la defensa y seguridad de una especie de civilización que, a despecho de sus grandes imperfecciones y de sus recientes consecuencias trágicas, es todavía el mejor punto de partida para una nueva evolución social de la Europa Occidental.

(Esta nota, de igual modo que el fragmento reproducido, son tomados de un número reciente de "The New Republic".)

**E**N aquellas partes del Tratado a que me vengo refiriendo aquí la iniciativa la tomaron los franceses, en el sentido de que fueron generalmente ellos los que hicieron al principio las propuestas más definidas y más extremas. Esto era hasta cierto punto una cuestión de táctica. Cuando se espera que el resultado final sea una transacción, es a menudo lo más conveniente partir de una posición extrema; y los franceses comprendieron desde el primer momento—al igual que muchas otras personas—que se iba a entrar en un doble proceso de transacciones, en primer lugar, para ajustarse a las ideas de sus aliados y asociados, y en segundo lugar, ya en el curso de las conferencias de la paz propiamente dichas, con los alemanes mismos. Esta táctica quedó justificada por los acontecimientos. Clemenceau se conquistó una reputación de complaciente y moderado para con sus colegas del Consejo mediante el procedimiento de rechazar, con un aire de imparcialidad intelectual, las proposiciones más extremas de sus ministros; y fueron muchas las controversias en que los críticos americanos e ingleses se encontraban naturalmente un poco ignorantes del ver-

dadero punto en debate, o en que una oposición obstinada por parte de los aliados de Francia les ponía en situación de parecer intolerantes, de ponerse siempre del lado del enemigo y tomar su defensa. Por consiguiente, cuando los intereses ingleses y americanos no estaban muy seriamente comprometidos, su impugnación se volvía floja, y así pasaron algunas medidas que los mismos franceses aparentaban no tomar muy en serio, pero que, al adoptarse la decisión de última hora de no permitirle debate a los alemanes, ya no se podían remediar.

Pero, aparte de esta táctica, los franceses tenían un programa. Aunque Clemenceau echase por la ventana sin ceremonia algunas de las propuestas de un Klotz o un Loucheur, y aun cuando cerrase los ojos con aire de cansancio cuando los intereses de Francia no estaban envueltos en la discusión, él sabía muy bien los puntos que eran capitales y en cuanto a estos siempre se encontraba alerta. En la medida en que las principales cláusulas económicas del Tratado representan alguna idea intelectual, esta idea partió de Francia y de Clemenceau.

Clemenceau era con mucho el más eminen-

te de los miembros del Consejo de los Cuatro y había tomado bien la medida de sus colegas. Sólo él tenía, a la par que una idea general, el plan maduramente estudiado para llevarla a cabo. Su edad, su carácter, su ingenio y su aspecto, todo se unía para darle objetividad y un relieve definido en tal ambiente de confusión. Uno no podía despreciar a Clemenceau u odiarle, sino simplemente adoptar un punto de vista diferente en cuanto a la índole del hombre civilizado, o abrigar, al menos, un concepto más optimista de las cosas.

La figura y porte de Clemenceau son ya universalmente familiares. En el Consejo de los Cuatro llevaba una levita cuadrada de muy buen paño negro y grueso, y en sus manos, que nunca llevaba descubiertas, se advertía siempre unos guantes de color gris; sus zapatos eran de cuero negro muy grueso, de excelente calidad, pero de un corte campestre, a menudo cerrados con una hebilla en lugar de cintas. Su asiento en el salón del Palacio Presidencial, que era donde las reuniones regulares del Consejo de los Cuatro se celebraba (a diferencia de las conferencias privadas, que tenían lugar en una pequeña habitación del piso inferior) lo constituía una butaca cuadrada en medio del semicírculo formado frente a la chimenea, con el señor Orlando a su izquierda, Mr. Wilson junto a la chimenea y Lloyd George al otro lado de la chimenea a su derecha. Clemenceau no llevaba papeles ni cartera alguna, ni tampoco se acompañaba de ningún secretario particular, si bien varios ministros y funcionarios franceses, escogidos según el asunto a tratar, solían hallarse presentes cerca de él. Su andar, su mano y su voz no carecían de vigor, pero ofrecía, especialmente después del atentado de que fué víctima, el aspecto de un hombre muy viejo que reservara su fuerza para ocasiones importantes. Hablaba poco, dejando a sus ministros y demás subordinados la declaración inicial de las proposiciones francesas; cerraba los ojos a menudo y se reclinaba en su silla con una cara impassible de pergamino y las enguantadas manos cruzadas sobre las piernas. Una frase breve, contundente o sarcástica, una pregunta, una abierta desautorización de sus ministros, sin importarle el ponerles en evidencia, o una manifestación de terquedad reforzada por unas cuantas palabras dichas con retintín en inglés: eran lo suficiente para jugar su partida. Algunas veces, cuando la ocasión lo exigía, no faltaban de su parte las palabras elocuentes dichas con calor y arrebatc, y éstas explosiones oratorias súbitas, que a menudo eran seguidas de un

ataque de tos muy extenuante, impresionaban más por la sorpresa que producían que por su virtud persuasiva.

No era raro que Lloyd George, después de haber pronunciado un discurso en inglés, se levantase mientras se le traducía al francés, y se llegase hasta Mr. Wilson para continuar su argumentación privada, o para explorar el terreno con fines de transacción, y esto a menudo se tomaba como señal para un movimiento general que acababa con el orden. Los consejeros de Wilson acudían a escuchar cerca de él, un momento después los expertos ingleses se iban llegando a inquirir el resultado, o a ver si las cosas marchaban bien, y luego venían los franceses, algo sospechosos de que los otros estuvieran haciendo algún arreglo a sus espaldas, hasta que todo el mundo en el salón estaba de pie y la conversación se había generalizado en los dos idiomas. Mi última y más vívida impresión es de una de estas escenas: Mr. Wilson y Lloyd George en el centro de una gesticulante multitud y una babel de alboroto, con un tumulto de rápidos, improvisados arreglos y contra-arreglos, sin que todo aquel alboroto y ardor significara nada, ya que a menudo versaba sobre cosas secundarias que nada tenían que ver con las grandes cuestiones, casi en seguida olvidadas o abandonadas, que se habían tocado en la reunión de la mañana. Y a todo esto, Clemenceau—silencioso e impenetrable siempre que no se tratase de nada referente a la seguridad de Francia—permanecía apartado en su butaca, seco de alma y vacío de esperanzas, muy viejo y muy cansado, pero observando la escena con un aire cínico, casi diabólico; y cuando por fin se restablecía el silencio y la concurrencia ocupaba de nuevo sus asientos, se echaba de ver muchas veces que había desaparecido.

El sentía por Francia lo que Pericles por Atenas: sólo ella valía, nada de lo demás importaba; pero su concepto de la política era el mismo de Bismarck. El tenía una ilusión: Francia; y una desilusión: la especie humana, incluyendo a los franceses y, por de contado, incluyendo también a sus colegas del Consejo.

Sus principios para base de la Paz pueden enunciarse fácilmente. En primer lugar, él creía a pié juntillas en aquella teoría de la psicología alemana que sostiene que el alemán no entiende ni puede entender de nada sino mediante la intimidación, que carece de generosidad o de escrúpulos en sus tratos, que no hay ventaja de que no esté dispuesto a aprovecharse en contra de uno, que no tiene honor, ni orgullo, ni compasión. Por consi-

guiente, no hay que negociar con el alemán o tratar de conciliarse con él; hay que imponerse. No hay otro medio de que él respete a uno, o de impedirle que defraude a uno.

Pero es dudoso hasta qué grado Clemenceau creía estas características peculiares a Alemania, o si las hacía extensivas, en su fuero interno, a los naturales de otras naciones amigas. Su filosofía no dejaba, por lo tanto, lugar alguno al «sentimentalismo» en las relaciones internacionales. Las naciones eran cosas reales, entre las cuales uno amaba alguna, y sentía por el resto indiferencia... u odio. La gloria de la nación que usted ama es un objetivo legítimo... pero, por lo general, conquistable a expensas del vecino. La política de la fuerza era inevitable y nada nuevo había que aprender de esta guerra o de los fines que en ella se habían perseguido; Inglaterra había destruído, como en cada uno de los siglos anteriores, un rival de su comercio; un gran capítulo acababa de cerrarse en la lucha secular entre la gloria de Alemania y la de Francia. La prudencia exigía cierto tributo, verbal a los «ideales» de los tontos americanos y los hipócritas ingleses; pero sería necio creer que hay mucho espacio en el mundo, tal como está hoy, para cosas como la Liga de Naciones, o que tiene sentido alguno el principio de la propia determinación, excepto como una fórmula ingeniosa para proceder a un nuevo balance de poderes, en interés propio.

Estas son sin embargo meras generalidades. Al trazar los detalles prácticos de la paz que él creía necesaria para la fuerza y seguridad de Francia, tenemos que remontarnos a las causas históricas que operaban durante el período de su vida. Antes de la guerra franco-alemana, la población de Francia y la de Alemania eran aproximadamente iguales; pero el carbón y el hierro y la marina mercante de Alemania estaban en su infancia, en tanto que la riqueza de Francia era considerablemente superior. Aun después de la pérdida de Alsacia y Lorena no había gran discrepancia entre los verdaderos recursos naturales de los dos países. Pero en el período intermedio la posición relativa había cambiado completamente. Para el 1914 la población de Alemania era cerca de un setenta por ciento mayor que la de Francia; había llegado a ser una de las primeras naciones industriales y comerciales del mundo, su capacidad técnica y sus medios de producción de futura riqueza no tenían paralelo. Francia, por su parte, tenía una población estacionaria, si no declinante, y con relación a

otras había quedado muy atrás en prosperidad y en capacidad productiva.

A despecho, por consiguiente, de la victoria de Francia en la guerra última (ayudada esta vez por Inglaterra y América) su posición futura quedaba siendo precaria a los ojos de quien tenía la opinión de que la guerra civil de Europa debía considerarse como un normal, o al menos recurrente, estado de cosas para el futuro, y que la misma clase de conflictos entre las grandes potencias organizadas que habían llenado los últimos cien años, llenarían también los próximos. Según esta visión del futuro, la historia de Europa ha de consistir en una perpetua partida de boxeo en la cual Francia había ganando este «round», pero en la cual este «round» no será ciertamente el último. De la creencia de que el Viejo Orden no ha de cambiar en esencia, estando basado en la naturaleza humana que es siempre igual, y del consiguiente escepticismo en cuanto a la clase de doctrinas que la Liga de Naciones envuelve, la política de Francia y de Clemenceau son derivaciones perfectamente lógicas. Pues una paz de magnanimidad, o un tratamiento justo e igual basado en una ideología tal como la de los Catorce Puntos del presidente Wilson, sólo podían tener el efecto de acelerar el intervalo del restablecimiento de Alemania, y en su consecuencia poner más cerca el día en que ésta ha de lanzar otra vez contra Francia sus grandes cifras y sus superiores recursos naturales y de técnica. De ahí la necesidad de garantías; y a cada garantía impuesta aumentaría la irritación y con ella la probabilidad de una subsiguiente revancha por Alemania, lo cual hacía necesarias aun más precauciones aniquiladoras. Y así, tan pronto como este concepto del mundo fué adoptado y descartado el otro, la demanda de una paz cartaginesa se hacía inevitable hasta el límite mismo de la fuerza de que se disponía para imponerla. Pues Clemenceau no aparentó nunca que se considerase obligado por los Catorce Puntos y casi siempre encomendaba a los otros los subterfugios que fueran necesarios de tiempo en tiempo para dejar a salvo los escrúpulos, o el pudor, del Presidente.

En cuanto era posible, consistía, por consiguiente, la política de Francia en atrasar el reloj y deshacer todo cuanto desde el 1870 había conquistado el progreso de Alemania. Mediante la pérdida de territorio y otras medidas, su población iba a mermarse; pero principalmente el sistema económico de que habría de depender su nuevo vigor, la vasta maquinaria erigida a base de su hierro, su

carbón y su marina, había que destruirla. Si Francia podía agarrar, aunque fuera en parte, lo que Alemania se viese obligada a soltar, la desigualdad de fuerzas entre las dos rivales por la hegemonía europea, podría remediarse para durante muchas generaciones.

De ahí nacieron aquellas cláusulas reiteradas, para la destrucción de una vida económica altamente organizada, de que daremos cuenta en el próximo capítulo.

Esta es la política de un hombre viejo cuyas impresiones e imágenes más vívidas son del pasado, y no del futuro. El ve las cosas en términos de Francia y Alemania, y no de la humanidad y de la civilización europeas forcejeando para hacer surgir un nuevo orden. La guerra había afectado su sensibilidad de manera distinta de la nuestra, y ni esperaba ni creía posible que estuviéramos en el umbral de una nueva edad.

Acontece, sin embargo, que no es sólo una cuestión ideal la que está en debate. Mi designio en este libro es el de mostrar que la paz cartaginesa no es prácticamente correcta o posible. Aunque la escuela de ideas de donde esta paz cartaginesa dimana tiene en cuenta el factor económico, pasa por alto, sin embargo, las corrientes económicas más hondas que han de regir el futuro. El reloj no puede atrasarse. No puede usted restaurar a la Europa central del 1870, sin imponer tal tensión, tan tremenda tirantez a la estructura europea, que queden sueltas terribles fuerzas espirituales y humanas que, saltando por encima de fronteras y de razas, acaben por barrer, no sólo a usted y a sus «garantías», sino también sus instituciones y todo el orden actual de su sociedad.

Pero ¿por virtud de qué juego de manos pudo esta política suplantar la de los Catorce Puntos, y cómo vino el Presidente a aceptarla? Contestar a estas preguntas es difícil, y depende de elementos varios de carácter, de psicología, y de la sutil influencia de las circunstancias ambientes, que son difíciles de apreciar y más difíciles aun de describir. Pero si en algún caso la conducta de un solo hombre puede importar algo, el colapso del presidente Wilson ha sido uno de los acontecimientos morales decisivos de la historia, y yo debo hacer un esfuerzo para explicarlo.

¿Qué lugar el que ocupaba el Presidente en el corazón y esperanzas del mundo cuando salió de América hacia este lado del mundo en el «George Washington»? ¿Cuán gran hombre el que venía hacia Europa en aquellos primeros días de nuestra victoria!

En Noviembre de 1918, los ejércitos de Foch y las palabras de Wilson nos habían permitido escapar de pronto de lo que ame-

nazaba tragarse todo cuanto amábamos. Las circunstancias parecían propicias más allá de toda expectación. La victoria había sido tan completa, que el temor no tenía posible cabida en las negociaciones. El enemigo había rendido sus armas confiado en un solemne pacto en cuanto al carácter general de la paz, los términos del cual parecían haberle garantizado un arreglo justo a base de equidad y magnanimidad y una esperanza razonable de la restauración de la interrumpida corriente de su vida. Y para acrecentar la certidumbre de estas seguridades, el Presidente mismo venía en persona a poner el sello en su obra.

Cuando el presidente Wilson salió de Washington gozaba de un prestigio y de una influencia moral en el mundo que no había tenido igual en la historia. Sus audaces y medidas palabras arrebataron a los pueblos de Europa por encima de las voces de sus propios políticos. Los pueblos enemigos ponían su confianza en él para el cumplimiento del pacto que había hecho con ellos; y los pueblos aliados le acogían, no solamente como a un victorioso, sino como a un profeta. En adición a esta influencia moral, las efectividades todas de la fuerza estaban en sus manos. Los ejércitos americanos estaban en la plenitud de su fuerza numérica, disciplina y equipo. Europa estaba en completa dependencia, en cuanto a sus alimentos y materiales esenciales, de los Estados Unidos, y financieramente se encontraba aun más absolutamente a merced de ellos. Europa no sólo debía a Estados Unidos más de lo que podía pagarle, sino que sólo mediante una gran dosis de ayuda ulterior podía salvarse del hambre y de la bancarrota. Nunca antes había un filósofo dispuesto de tales armas para dictarles su ley a los príncipes de este mundo. ¿Cómo las multitudes de las capitales europeas se atropellaban al rededor de la carroza del Presidente! ¿Con cuánta curiosidad, ansiedad y esperanza buscábamos una vislumbre de las facciones y del porte de «el hombre del destino» que, saliendo del Oeste, venía portando el bálsamo para las heridas de los viejos padres de su civilización y a cechar los cimientos del futuro!

La desilución fué tan completa, que algunos de los que más habían confiado apenas se atrevían a hablar de ella. Pero ¿será verdad? —preguntaban a los que regresaban de París. ¿Era el Tratado verdaderamente tan malo como parecía? ¿Qué le había ocurrido al Presidente? ¿Qué debilidad o qué infortunio había dado lugar a tan extraordinario, a tan inaudito renuncio?

Sin embargo, las causas eran bien comunes y humanas. El Presidente no era ni un

héroe ni un profeta; no era ni siquiera un filósofo, sino un hombre de buena voluntad, con muchas de las flaquezas de otros seres humanos, falto del superior equipo intelectual que hubiera sido necesario para lidiar con los ladinos y peligrosos prestidigitadores a quienes un conflicto terrible de fuerzas y personas había elevado a la cúspide y hecho señores de la victoria en el veloz juego del toma y daca, juego en que él—Mr. Wilson—no tenía experiencia alguna.

Teníamos un concepto completamente erróneo del Presidente. Sabíamos que era un hombre solitario e inaccesible; y le creíamos muy independiente y obstinado. No le imaginábamos como hombre de detalles, pero la claridad con que había tomado posesión de ciertas ideas cardinales, podría, pensábamos, en combinación con su tenacidad, ponerle en condiciones de salir con bien de entre las redes que iba a encontrar. Además de estas cualidades, suponíamosle dotado de la objetividad, del cultivo y del amplísimo conocimiento del hombre de estudios: La gran elegancia de lenguaje que había caracterizado sus famosas Notas parecía anunciar a un hombre de alta y vigorosa imaginación. Sus fotografías nos le presentaban de noble semblante y de empaque distinguido. Con estos atributos él había alcanzado y mantenido con creciente autoridad el puesto más alto en un país en donde las artes de los políticos no suelen descuidarse. Todo lo cual, sin pretender lo imposible, parecía una magnífica combinación de cualidades para la lucha a que se aprestaba.

La primera impresión de Mr. Wilson visto de cerca marchitaba algunas, aunque no todas, de estas ilusiones. Su cabeza y facciones correspondían en lo fino de su corte a sus fotografías, y los músculos del cuello y majestad de la cabeza eran rasgos muy atractivos. Sin embargo, a la primera mirada el Presidente revelaba que su temperamento podía ser todo menos el de un hombre de estudios; que no poseía mucha cultura, ni aun de la mundana que distingue a Clemenceau y a Balfour como caballeros exquisitamente cultivados de su clase y generación. Pero más grave que todo esto era que él no solamente resultaba insensible a las circunstancias ambientes en el sentido externo de la frase, sino que carecía de toda sensibilidad para las cosas que le rodeaban. ¿Qué ventajas podía un hombre así tener contra la grande, la casi mediuimnímica sensibilidad de Lloyd George para todo cuanto le rodea? Ver al Primer Ministro inglés observando una concurrencia con seis o siete sentidos de que no dispone el hombre común, apreciando el carácter, motivos e impulso sub-consciente,

percibiendo lo que cada uno está pensando y hasta lo que cada uno está a punto de decir, y componiendo con instinto telepático el argumento o arenga más propios para impresionar la vanidad, interés y punto flaco de su oyente inmediato, era suficiente para darse cuenta de que el pobre Presidente iba a jugar a la gallina ciega en aquél cónelave. Nunca hombre alguno podía haber atravesado el umbral de una sala con una predestinación más segura de que iba a ser víctima de las refinadas artes del Primer Ministro. El Viejo Mundo era duro, empedernido en su maldad; el corazón de piedra del viejo mundo podía mellar la más afilada espada del más bravo caballero andante. Pero este don Quijote ciego y sordo iba a entrar en una caverna donde la centelleante y aguda hoja de acero estaba en las manos del adversario.

Pero si el Presidente no era el filósofo-rey, ¿qué podía ser? Después de todo, era él un hombre que se había pasado gran parte de su vida en la Universidad. No era de ningún modo un hombre de negocios, o un hombre político de partido alguno, sino un hombre de fuerza, personalidad e importancia. ¿Cuál era, pues, su temperamento?

Una vez hallada la clave, se aclara todo. El Presidente era un clérigo inconformista, quizás un presbiteriano. Su pensamiento y su temperamento eran de esencia teológica, no intelectual, con toda la fuerza y toda la flaqueza de esta manera de pensamiento, sentimiento y expresión. Es un tipo éste del cual ya no quedan en Inglaterra y Escocia los magníficos «specimens» que solía haber; pero esta distinción, sin embargo, dará a la mayor parte de los ingleses la más exacta impresión del Presidente.

Con esta imagen de él en la mente, podemos ya volver a la corriente de los acontecimientos. El programa del Presidente, según había sido expuesto en sus discursos y notas, había desplegado un espíritu y un designio tan admirables, que lo menos que deseaban sus simpatizadores era examinar detalles. Los detalles—decían ellos—vendrán luego, a su tiempo, y ha hecho bien el Presidente en no consignarlos por de pronto. Se creía generalmente, al comienzo de las Conferencias de París, que el Presidente había elaborado, con la ayuda de un gran cuerpo de asesores, un plan completo, no sólo para articular el proyecto de la Liga de Naciones, sino también para dar cuerpo a los Catorce Puntos en un verdadero tratado de paz. Pero es lo cierto que el Presidente no tenía nada previsto; cuando llegó el momento de actuar, sus ideas eran nebulosas e incompletas. No tenía ni plan, ni bosquejo, ni ideas constructivas de

ninguna suerte, para vestir con la carne de la vida los mandamientos que él había tronado desde la Casa Blanca. Él podía haber predicado un sermón acerca de cualquiera de ellos, o haber elevado una plegaria al Altísimo por su realización; pero él no podía hacer un plan para su aplicación concreta al estado actual de Europa.

No sólo no tenía proposiciones en detalle, sino que en muchos respectos estaba, quizás, inevitablemente, mal informado de la situación europea. Y no sólo estaba mal informado—lo que también le pasaba a Lloyd George—sino que su inteligencia era lenta e inadaptable. La lentitud mental del Presidente, entre los europeos era notoria. El no podía en un minuto agarrar lo que el resto decía, hacerse cargo de la situación con una mirada, formular una réplica y acomodarse al terreno mediante un ligero cambio de posición; y por consiguiente, estaba expuesto siempre a salir derrotado por la mera rapidez, sagacidad y agilidad de un Lloyd George. Muy raras veces ha podido haber un estadista de primera fila más incompetente que el Presidente en las escaramuzas del Consejo. A menudo llega un momento en que la victoria positiva es nuestra si, por alguna leve muestra de concesión, puede uno dejar a salvo el amor propio del contrario, o congraciarse con él mediante una reiteración de nuestro caso que lo haga aparecer beneficioso para él y no perjudicial para uno en nada que sea esencial. El Presidente no estaba equipado con esta sencilla y útil destreza. Su mente era demasiado lenta y ayuna de recursos para estar lista ante cualquiera eventualidad. El Presidente, sí, era capaz de clavar sus talones en tierra y negarse a ceder una pulgada, como hizo en lo de Fiume. Pero no contaba con otro modo de defensa, y bastaba, por regla general, un poco de maniobra para que sus adversarios lograran que las cosas no llegasen a ese extremo hasta no ser demasiado tarde. Con complacencias y con arriencias de conciliación se le envolvía al Presidente hasta hacerle perder terreno, pasaba el momento de clavar los talones en tierra, y antes de que advirtiera adonde se le había llevado, ya había pasado su hora. Además, era imposible que un mes tras otro de conversación íntima, y aparentemente cordial, entre socios bien avenidos, diese ocasión para estar clavando los talones en tierra todo el tiempo. La victoria sólo habría sido posible en tales circunstancias a alguien que hubiera tenido siempre una noción suficientemente clara de la situación general para poder reservar sus municiones y estar alerta para los raros momentos en que

cabían actitudes decisivas. Y para esto el Presidente era demasiado lento de inteligencia y poco despierto.

El no le buscó remedio a estos defectos procurándose la ayuda de la sabiduría colectiva de sus lugar-tenientes. Había reunido en torno suyo, para los capítulos económicos del Tratado, un grupo de muy eficientes hombres de negocios, pero éstos eran inexpertos en cuestiones públicas y, con sólo una o dos excepciones, sabían tan poco de Europa como él mismo, y aun así sólo se les llamaba en consulta regularmente cuando los necesitaba para algún punto muy especial. De este modo, la inaccesibilidad que le había salido bien en Washington la conservaba en París, y la reserva anormal de su carácter no le permitía venir junto a él a nadie que aspirase a igualdad moral, o a un ejercicio continuo de influencia. Sus compañeros plenipotenciarios eran maniqués; y hasta su íntimo y ícal amigo el Coronel House—dotado de un conocimiento mucho más grande de los hombres y los asuntos de Europa que el Presidente y de cuya sensibilidad el embotamiento del Presidente se había aprovechado tanto—pasó a segundo término en el curso de poco tiempo.

Todo esto era alentado por sus colegas en el Consejo de los Cuatro, quienes, mediante la interrupción del Consejo de los Diez, habían completado el aislamiento que el propio temperamento del Presidente había iniciado. Y así, día tras día y semana tras semana, él consintió que le fueran recluyendo, dejándole sin apoyo, sin consejo, completamente solo entre hombres más astutos que él y en circunstancias de suprema dificultad, cuando hubiera necesitado para triunfar toda suerte de recursos y de alientos. El se prestó a ser envuelto en su atmósfera, a debatir tomando por base los planes y los datos de ellos, a dejarse conducir por sus caminos.

Estas y otras varias causas combinadas fueron las que trajeron la situación que siguió. El lector no debe perder de vista que el proceso que aquí se trata de describir en unas pocas páginas tuvo lugar lentamente, gradualmente, insidiosamente, en un período de unos cinco meses.

Como el Presidente no tenía nada pensado de antemano, el Consejo estaba generalmente trabajando sobre la base de una minuta francesa o británica. El tenía, pues, que adoptar una actitud persistente de obstrucción, de crítica y negación, si iba a tratar de ajustar la minuta a sus ideas e intenciones. Si en algunos puntos se le trataba con aparente generosidad (pues siempre había

un ancho margen de indicaciones enteramente descabelladas que nadie tomaba en serio), era difícil para él no ceder en otras. La transacción era inevitable, y no transigir jamás en lo esencial se hacía muy difícil. Además, pronto se le hizo aparecer como tomando la parte de Alemania y prestándose a la imputación (que él tonta y desdichadamente tomó en serio) de ser pro-alemán.

Después de un derroche de principios y actitudes dignas en los primeros días del Consejo de los Diez, él descubrió que habían algunos puntos muy importantes en el programa de sus colegas franceses, ingleses e italianos, según el caso, acerca de los cuales no podía soñar en salirse con la suya por los métodos de la diplomacia secreta. ¿Qué era pues lo que había que hacer como último recurso? El podía dejar que la conferencia se fuese arrastrando interminablemente, mediante el ejercicio de la mera obstinación. El podía romperla y regresar a América lleno de furia, sin haber llegado a nada concreto, o podía intentar una apelación al mundo sobre la cabeza de los delegados. Estas eran las únicas alternativas posibles, contra cada una de las cuales podía decirse muchísimo. Eran también muy peligrosas... especialmente para un político. La errónea política del Presidente cuando las elecciones para Representantes al Congreso había debilitado su posición personal en su propio país y ya no había la menor seguridad de que el público americano le secundase en una actitud de intransigencia. Esto significaría una campaña en que las cuestiones serían obscurecidas por toda suerte de consideraciones de partido y personales y ¿quién podía predecir que la razón triunfaría en una contienda que seguramente no habría de ser decidida en sus méritos? Además, cualquier ruptura abierta con sus colegas desencadenaría seguramente sobre su cabeza las ciegas pasiones de los rencores antialemanes con que todavía se mantenía inflamados a los públicos de todos los países aliados. Estos no tendrían ecuanimidad bastante para ver la cuestión desde el punto de vista de la moralidad internacional y de un más acertado régimen europeo. El grito que se alzaría sería simplemente que, por varias razones egoístas y siniestras, el Presidente quería «dejar suelto al Hunc». Podría asegurarse cuál sería la voz casi unánime de la prensa francesa e inglesa. Así, pues, si él lanzaba el guante públicamente, podía salir derrotado. Y si era derrotado, ¿no hubiera sido la paz final mucho peor que si trataba de retener su prestigio y de sacar el mejor partido que las limitaciones de la política europea le permitieran? Pero, so-

bre todo, si él era derrotado ¿no perdería su Liga de Naciones? ¿Y no era ésta, al fin y a la postre, la más importante cuestión para la futura felicidad del mundo. El Tratado sería alterado y suavizado con el tiempo. Mucho de él que ahora parecía tan capital, se convertiría en trivial, y mucho que era exagerado e impracticable, por esta misma razón nunca tendría lugar. Pero la Liga, aun en una forma imperfecta, era permanente; era el primer ensayo de un nuevo sistema de gobierno del mundo; la verdad y la justicia en las relaciones internacionales no se podían establecer en unos pocos meses, debían ir surgiendo a su debido tiempo por una lenta gestación de la Liga. Clemenceau había sido lo suficientemente listo para dar a entender que él apechugaría con la Liga a cambio de un premio.

En esta crisis de su destino el Presidente era un solitario. Cogido entre las redes del viejo mundo tenía gran necesidad de simpatía, de apoyo moral, del entusiasmo de las masas. Pero, sepultado en las conferencias, sofocado por la cálida y envenanada atmósfera de París, no llegaba hasta él ningún eco del mundo exterior, ningún latido de pasión, de simpatía o de aliento de sus callados comitentes de todos los países. El sentía que la flama de popularidad que había acogido su llegada a Europa estaba ya apagada; la prensa de París le disparaba abiertamente sus sarcasmos; sus adversarios políticos en casa se aprovechaban de su ausencia para hacer atmósfera contra él; Inglaterra estaba fría, crítica y recelosa. Él había formado de tal modo su séquito, que no recibía ya, por conducto particular, aquella corriente de fe y de entusiasmo cuyas fuentes públicas parecían represadas. El necesitaba, pero carecía, de la fuerza adicional de la fe colectiva. El terror alemán estaba todavía suspendido sobre nosotros y hasta el público simpatizador era muy cauteloso: no debía alentarse al enemigo, había que apoyar a nuestros amigos; este no era el momento para agitaciones y discordias; había que esperar que el Presidente hiciera cuanto estuviera en sus manos... Y en esta onda fría, la flor de la fe del Presidente se iba marchitando.

Pero, tan pronto como hubo tomado el camino de las transacciones, los defectos ya indicados de su carácter y de su equipo, se hicieron fatalmente visibles. El podía adoptar las grandes actitudes. Podía practicar la obstinación; podía escribir notas desde el Sinaí o el Olimpo; podía permanecer inaccesible en la Casa Blanca y hasta en el Consejo de los Diez, y conservarse ileso. Pero tan

pronto penetró en la íntima igualdad de los Cuatro, la partida estaba perdida.

Entonces fué que se convirtió en un peligro lo que he llamado su temperamento teológico o presbiteriano. Habiendo resuelto que eran inevitables algunas concesiones, él pudo haber tratado de obtener, mediante habilidad y energía y el uso de la fuerza financiera de los Estados Unidos, lo más que hubiera sido posible de la sustancia, aun con algún sacrificio de la letra. Pero el Presidente no era capaz de llegar a una inteligencia tan clara consigo mismo como este proceder exigía. Era demasiado concienzudo. Aunque ahora eran necesarios los tanteos y transacciones, se mantuvo siendo un hombre de principios inflexibles y considerando los Catorce Puntos como un contrato absolutamente obligatorio para él. El no haría nada que fuese deshonesto; no haría nada que fuese contrario a su gran profesión de fe. Y así, sin flaquear en el acatamiento verbal de los Catorce Puntos, éstos se convirtieron seguidamente en un documento sujeto a glosas e interpretaciones y a todo el aparato intelectual del autoengaño con que los antepasados del Presidente se habían persuadido a sí mismos de que la conducta que ellos creían necesaria en cada caso estaba perfectamente acorde con cada sílaba del Pentateuco.

La actitud del Presidente para sus colegas había llegado a ser la siguiente: yo deseo complacerles todo cuanto pueda; me hago cargo de sus dificultades y quisiera poder estar de acuerdo con lo que proponen; pero no puedo hacer nada que no sea justo y correcto, y ustedes ante todo tienen que mostrarme que lo que desean cae en realidad bajo las palabras de los mandamientos que tanto me obligan. Y entonces dió comienzo aquel tejido de sofistería y de exégesis jesuítica que iba finalmente a revestir de insinceridad el lenguaje y la sustancia de todo el Tratado. Los más sutiles sofistas y los más hipócritas leguleyos comenzaron a actuar, produciendo muchos ejercicios ingeniosos que hubieran encajado por más de una hora a cualquiera hombre más listo que el Presidente.

Y así, en lugar de decir que al Austria alemana le quedaba prohibido unirse con Alemania, salvo mediante el permiso de Francia (lo que hubiera sido contrario al principio de la propia determinación), el Tratado, con refinada habilidad curialesca, declara que "Alemania reconoce y está dispuesta a respetar estrictamente la independencia del Austria dentro de las fronteras que puedan establecerse en un tratado entre esta nación y las principales naciones aliadas y asociadas; y reconoce asimismo que esta independencia

será «inalienable», salvo con el consentimiento del Consejo de la Liga de Naciones"; lo que suena, pero no es, completamente diferente. ¿Y quién es capaz de adivinar si el Presidente no había olvidado que en otra parte del Tratado se dispone que a este fin la decisión del Consejo de la Liga debe ser unánime?

En lugar de darle Danzig a Polonia, el Tratado establece que Danzig será «una ciudad libre», pero incluye esta «libre ciudad» dentro de las fronteras aduaneras de Polonia, confía a Polonia el control de sus transportes fluviales y ferroviarios, y dispone que "el gobierno de Polonia tendrá a su cargo la dirección de las relaciones exteriores de la ciudad libre de Danzig, de igual modo que la protección diplomática de los ciudadanos de dicha ciudad en el exterior."

Al colocar el sistema de los ríos de Alemania bajo el control extranjero, el Tratado habla de declarar internacionales aquellos "sistemas fluviales que naturalmente proveen a más de una nación de acceso al mar, con o sin transbordo de un barco a otro."

Y estos ejemplos podrían multiplicarse. El honrado y explicable empeño de la política francesa de limitar la población de Alemania y debilitar su sistema económico, se envuelve, en obsequio al Presidente, en el lenguaje augusto de la libertad y de la igualdad internacional.

Pero, quizás, el momento más decisivo en la desintegración de la posición moral del Presidente y la confusión total de su ánimo, llegó cuando al fin, con asombro de sus consejeros, se dejó convencer de que los desembolsos de los gobiernos aliados en lo tocante a todas las pensiones de guerra podían en justicia ser considerados como "un daño hecho a la población civil de las naciones aliadas y asociadas, mediante la agresión alemana por tierra, mar y aire" en un sentido en que los otros gastos de la guerra no podían ser así estimados. Fué una larga lucha teológica en la que, después de rechazar muchos argumentos, el Presidente acabó por capitular ante una obra maestra del arte del sofisma.

Al fin la labor se terminó; y la conciencia del Presidente permanecía intacta. A despecho de todo, yo creo que su carácter le permitió salir de París en el estado de ánimo de un hombre perfectamente sincero; y es probable que esté hasta hoy genuinamente convencido de que el Tratado no contiene en realidad nada contrario a sus declaraciones anteriores.

Pero la obra quedó demasiado completa y a esto se debe el último episodio trágico del

drama. La réplica de Brockdorff-Rantzau inevitablemente partió de la base de que Alemania había rendido sus armas sólo mediante ciertas garantías y que el Tratado en muchos respectos no estaba de acuerdo con estas garantías. Pero esto era precisamente lo que el Presidente no podía admitir; en horas de contemplación solitaria y de preces al Altísimo, él se había dicho a sí mismo que no había hecho nada que no fuese justo y correcto: para el Presidente admitir que la réplica alemana poseía alguna fuerza, equivalía a destruir el respeto de sí mismo y quebrantar el íntimo equilibrio de su alma; y cada uno de los instintos de su obstinado carácter se rebeló en defensa propia. Insinuarle al Presidente que el Tratado era una deserción de sus profesiones, era lo mismo que tocar en lo vivo de una herida. Era esa una cuestión imposible de debatir y todos los instintos subconscientes conspiraban para rechazar toda insinuación.

Y así fue como Clemenceau llevó al éxito lo que unos meses antes habría parecido una proposición absurda e inaudita: la de que

no se oyese a los alemanes. Con sólo que el Presidente no hubiese sido tan concienzudo, con sólo que no se hubiese ocultado a sí mismo lo que hacía, aun en el último momento estuvo en condiciones de haber recuperado el terreno perdido y obtenido un triunfo considerable. Pero el Presidente estaba rígido. Sus brazos y piernas habían sido entablillados por el cirujano hasta dejarles en cierta postura fija y había que romperseles antes que permitir ningún cambio. Con inmenso horror, Mr. Lloyd George mismo, deseoso en el último momento de obtener toda la moderación posible, descubrió que él no podía en cinco días persuadir de error al Presidente en lo que había costado cinco largos meses convencerle de que era justo y equitativo. Después de todo, era más difícil desembaucar a este viejo presbiteriano que lo había sido embaucarle, pues lo primero envolvía su creencia en sí mismo y su respeto a sí mismo.

Así fué como, en el último acto, el Presidente, más firme que una roca, se negó a toda conciliación.

## Juventud conservadora

CARMELO M. BONET

(De la revista argentina "Clarín")

Cuando un hombre ya viejo se aferra a las ideas de su mocedad, se declara tradicionalista y enemigo de todo experimento innovador, el hecho no nos extraña, nos parece un fenómeno tan natural como la lluvia. Los psicólogos nos han referido las causas físicas del misonicismo en los viejos, y aun cuando puedan presentarse excepciones tan brillantes como la de Anatole France, aceptamos, en general, esa explicación y soportamos con piadosa tolerancia el conservadorismo senil. ¡Quién sabe si a esa pobre huesa no irá a parar, con el andar de los años, toda nuestra juvenil audacia mental!

Cuando un ventrudo rentista vocifera contra los agitadores y difundidores de ideas avanzadas (tan «avanzadas» algunas como aquella de Pablo el Apóstol en su epístola a los tesalonicenses «que si alguno no quisiere trabajar tampoco coma»), y pide leyes de rigor para sofocar, inmisericorde, esa «peste» del maximalismo que, como la gripe, se extiende por todo el globo, encontramos tal actitud jupiterina perfectamente natural. Pues

si la influencia de los «filibusteros» de la Rusia bolsheviki creciera y dominara, el rentista tendría que menearse, como todo hijo de vecino, y es humano que resista a semejante atentado a su libertad.

Cuando un periodista se declara conservador y defiende, desde las columnas del diario rico, cosas tan estimables como el orden, la ley y la propiedad, y trata de arrancar al obrero de la «tiranía anarquista», aceptamos sin irritación esa actitud porque la sabemos determinada por una lógica oculta. Es natural que el periodista se declare conservador, puesto que, así, conserva su puesto y no corren peligro los garbanzos. El también es un pobre asalariado, una víctima de la opresión económica, víctima de las más lamentables, pues tiene el triste oficio de vivir elogiando sus propias cadenas. Las otras víctimas tienen, siquiera, el pudor del silencio o el consuelo de la protesta.

Pero lo que repugna a la razón, lo que parece ir contra la naturaleza, es el espectáculo de la juventud que ha hecho profesión de

fe conservadora. Porque ello es confesar que se tiene reunidos la esclerosis mental del viejo, el vampirismo del rentista, la cobardía del mercenario intelectual. Por algo muchos conservadores usan como «camouflage» el rótulo de «demócratas» y «progresistas».

Ser conservador significa estar conforme con el estado actual de la sociedad. Y no se explica esa conformidad, tratándose de hombres ahitos de savia, sino en cínicos exitistas, en epicúreos de club, en gozadores de privilegios inmerecidos, o en inconscientes y frívolos que jamás desde su poltrona han reparado en el dolor humano que los circunda.

La juventud, período de la vida el más propicio para los arrestos generosos, para las fecundas quijotadas, no se concibe sino iconoclasta, irreverente y transformista, y alimentando, como una lámpara votiva, la chispa interna de la rebeldía. Aprovechemos, entonces, este breve iris de la vida, desasido en concupiscencias, para lanzar nuestra voz con infantil sinceridad. Tal vez más adelante no podamos hacerlo. ¡Tantos parecían en el llano espíritus libres y hoy los vemos, en la altura, agarrotados por el oportunismo! ¡Da frío pensar cómo la conquista de cuatro pesos o el empujarse un palmo, cambian la mentalidad de un hombre!

La juventud debe ser reformista, no porque el pasado carezca de virtudes y en el presente sea todo imperfección, sino porque esa es la ley de la vida. El progreso es el fruto de una trágica lucha entre novadores y retardatarios. La sociedad se adormece y se estanca cuando la masa conservadora predomina, cuando el «élan» creador de los hombres inquietos se enerva ante la indiferencia y la modorra de los pueblos idiotizados. El

papel de la juventud es, pues, el de agitar la charca a fin de que el agua corra y se aclare, y emigre la piara que vive de la podredumbre.

No importa la divergencia de juicios y de estrategia. No importa que para éstos las reformas deban ser graduales, escalonadas, ajustarse a un proceso de lenta maduración, a fin de que la breva caiga sola; y que aquéllos, más impacientes, crean posibles, en materia social, las transformaciones catastróficas, las variaciones «per saltus». No importa que unos opinen que ante todo es menester trabajar en las conciencias, iluminar los espíritus entorpecidos, educar a las masas envilecidas; y que otros sostengan que lo primero es transformar la economía, modificar el sustratum material de la vida, combatir la injusta distribución de la riqueza, pues la libertad del espíritu no es compatible con la esclavitud económica. No todos tienen el alma fuerte de Epicteto.

No importa, repetimos, la divergencia de juicios. Tal vez todos tengan una parte de razón. Lo esencial es el descontento generoso, el propósito viril de no engolfarnos totalmente en nuestros mezquinos intereses partidulares, de buscar soluciones con toda buena fe, y si no las encontramos, de embanderarnos con los hombres superiores cuyos principios nos parezcan más acordados con la verdad y la justicia.

Todo menos la quietud conservadora, la complacencia oportunista, la pasividad musulmana. Mientras existan entuertos en el mundo—y hay para rato—la juventud no tiene derecho al descanso y llamarse conservadora es admitir una tácita complicidad con los aprovechados de esos entuertos.

## Los gobiernos por la fuerza son ridículos

GEORGE BERNARD SHAW

(Del "New York American")

### La cuestión de Irlanda desde el punto de vista de los hombres de negocio

Todos los viejos y conservadores unionistas de Irlanda os dirán que lo que Irlanda necesita son unos cuantos años de un gobierno fuerte y decidido. Tienen razón de sobra.

El por qué han de limitar esta receta

a unos pocos años, como si Irlanda pudiese luego dejarse a merced de la anarquía, o de gobiernos irresolutos y débiles, yo no lo sé; y probablemente ellos tampoco lo saben; pero no puede haber duda en cuanto a la necesidad actual.

Irlanda necesita actualmente fuertes y resueltos gobiernos parlamentarios, y está ciertamente en mejores condiciones para so-

portar estos gobiernos que los ingleses, que en el fondo son todos anarquistas y están siempre dispuestos a sufrir todas las calamidades posibles si la única alternativa consiste en un buen gobierno. Los irlandeses no son así; ellos comprenden la ley y gustan de ella. Esto se echa de ver en su vieja afición a los pleitos.

Un pueblo bastante importante del interior de Inglaterra puede pasárselas bastante bien con sólo un abogado que lo visite dos veces por semana. Otro pueblo de la mitad de su importancia en Irlanda puede mantener en floreciente prosperidad a más de seis abogados.

Nosotros podemos apechugar con la ley bretona, con el derecho romano, con el derecho canónico y con cualquiera otra clase de sistemas jurídicos que podamos descubrir o inventar; todos apilados los unos sobre los otros hasta formar una pirámide; mientras más, mejor. Nosotros estamos siempre dispuestos a encadenarnos con juramentos con tal que sea para disfrutar de un poco más de reglamentación. Nuestra objeción a ser castigados por Inglaterra con látigo, nace probablemente de que ello nos impide castigarnos a nosotros mismos con escorpiones.

Por consiguiente, bien podemos estar de acuerdo con los viejos unionistas aprobando de todo corazón su demanda de un gobierno fuerte y resuelto.

¿Cómo lo hemos de conseguir?

### La cooperación de los súbditos es necesaria

Todo aquel que no sea un idiota reconocerá—para empezar—que ningún gobierno puede ser fuerte, o estar en condicione de gobernar, sin el consentimiento y cooperación de los gobernados.

Las leyes se hacen cumplir, no por medio de la policía, sino por medio de los ciudadanos, que llaman a la policía cuando se infringe la ley. Si los ciudadanos miran con complacencia las infracciones de la ley y escenden al infractor en lugar de denunciarlo, apaga y vámonos.

El Ejecutivo puede negarse por algún tiempo a reconocer este jaquemate. Si posee bastante fuerza, puede provocar un estado de cosas en que de cada cinco hombres del país uno sea espía, otro policía y dos soldados. Si posee suficiente dinero, puede poner en la cárcel a toda la población y alimentarla allí.

Pero esto no es gobernar; esto es mera co-

ercción, destructora de toda producción, incompatible con la prosperidad, igualmente ruinosa para el opresor y para los oprimidos. Así no se puede arreglar el país, ni mejorarlo, ni proteger la propiedad, ni garantizar la vida, ni realizar, en suma, ninguna de las funciones propias de un gobierno.

Tan evidente es esto, que la defensa de tal sistema de coerción por hombres cuerdos se consideraría como un designio manifiesto de aniquilar el país, designio cuya estupidez sube de punto cuando las circunstancias son tales que hacen imposible hasta para un Cromwell el mantener en pie tal sistema, de procedimientos.

Un gobierno puede gobernar sólo en cuanto el pueblo esté dispuesto a dejarse gobernar, y ni una pulgada más. Puede disponer de tropas, y tanques, y aeroplanos, y bombas explosivas, en cantidad suficiente para exterminar a toda la población; pero ni aun así logrará gobernarla.

Quando el hombre que desobedece sus órdenes y asesina a sus funcionarios puede confiar, para eludir el arresto, en que sus vecinos no le han de denunciar, y recibe de su director espiritual la seguridad de que hace bien en resistirse a la autoridad aun a tal extremo, ya pueden los gobernantes acuartelar tropa, fusilar, macanear, arrestar y encarcelar a cuantos cojan en actos de sedición; que así y todo no podrán mantener la paz, sino que, al contrario, la estarán perturbando constantemente. Y en cuanto a las medidas de carácter constructivo, la mera indicación es risible.

En una palabra, un gobierno así es lamentablemente débil, irritable, perturbador, se halla constantemente fuera de su juicio. Su fuerza le sirve de tan poco como la fuerza del toro en la arena; puede sacarle aquí las tripas a un caballo, revolver a un picador allá y hasta coger al espada; si éste se tira a matar antes de que esté cansado, pero en ningún momento es dueño de la situación, y al fin y a la postre, por mucho que dure el asunto, su suerte está decidida.

### Los ingleses tienen miedo de admitir esto

Todo esto suena como un fragmento de «La guía para ilustrar a los niños» y yo pido perdón al universo por hablarle así a gentes adultas como si ellas no estuvieran enteradas. Pero es el caso que los unionistas parece que no lo saben; y los pobres ingleses, a quienes ellos intimidan tan escandalosamente, tienen miedo de reconocerlo así.

El Gobierno inglés en Irlanda se agarra de la aparente plausibilidad que le presta a su impotencia, el hecho de que los hombres civilizados, saben que tienen que mantener cierto *mínimum* de orden espontáneamente para que los negocios no se interrumpan del todo, y así se ve que los ladrones comunes son todavía denunciados a la Policía, aun que los rebeldes nunca lo son.

Cuando un rebelde es, por mera casualidad, sorprendido por las autoridades, éstas celebran mucho la ocurrencia; ya puede el reo encasquetarse su sombrero y "resistirse a reconocer la autoridad de la corte"; pero como la corte puede inmediatamente arrebatárle el sombrero, y ponerle esposas, y ultrajarle, encarcelarle y reventarle, el triunfo es de las autoridades efectivas y la actitud del reo desesperadamente platónica.

¿Pero qué decir del hombre que ellos no han cogido ni cogerán nunca, del hombre que tiene un fusil y está dispuesto a usarlo, y a quien todo el mundo en el pueblo conoce, menos la policía y los militares, como un *insurrecto* activo; el hombre que está suelto y gozando de la confianza de la fatua guarnición inglesa; al ver ésta que los ciudadanos están de parte de él?

El Gobierno inglés le tiene mucho apego al antiguo decir de que el conspirador irlandés es una figura de comedia; y en realidad esta crítica es perfectamente cierta, siempre que se la limite a los *Simon Tappertits*, que constituyen sociedades y ligas secretas, se juramentan, beben en *cráneos* humanos si los encuentran, y quizás atraviesan con una bala el vientre de un policía bajo la impresión de que están dándole el golpe de muerte al imperio inglés.

Tales conspiradores se encuentran en todas partes entre ciertos «poseurs» románticos. *Simón Tappertits* era inglés; y yo he conocido hombres que celebraban reuniones mensuales de ligas y de «proletariados del mundo», con tres o cuatro personas, en los mismos años en que la prosperidad de Inglaterra crecía prodigiosamente, con aparato de presidentes, minutas, libro de actas, registro de tiranos por exterminar, etc.

El Gobierno llama nuestra atención hacia 10 «*sinfeinistas*» atados codo con codo y nos grita melodramáticamente: ¡alerta! Nosotros le llamamos la atención al Gobierno hacia un millón de «*sinfeinistas*» que no están atados, ni es probable que lo estén, y le gritamos, menos teatralmente pero más sensatamente: ¡fuera de aquí!

Esta es una situación que no es buena para los negocios, para no hacer mención de otras cosas. Ningún hombre que tenga el plan de un negocio entre manos se siente seguro, o de que *Sinn Fein* se lo deje poner en práctica, o, caso de que se arregle con *Sinn Fein*, de que las autoridades militares no se lo echarán a perder. Las gestiones de negocios no pueden fácilmente ocultarse ni de la policía ni del pueblo y en uno y otro caso pueden ser, o prohibidas de arriba, o boicoteadas de abajo.

Todo aquel que intenta hacer algo que se salga de lo corriente, corre el peligro de que sospeche de él el Gobierno por considerarle «*seinfesta*», y también los *seinfestistas*, por considerarle como un «*exterminador de la raza irlandesa*».

### Los negocios demandan orden

¿Qué se proponen hacer los hombres de negocio de Irlanda para salir de tal situación?

Ellos necesitan ley y orden, seguridad para sus gestiones y empresas, mercados libres, libre tránsito, normalidad de relaciones con sus vecinos.

El Gobierno inglés carece completamente de medios para ofrecerles estas cosas. *Sinn Fein* se relame de gusto ante estas incertidumbres. El Gobierno no se da cuenta de las vicisitudes de los tales hombres de negocio, siendo como es «*demasiado caballero*» para tener la menor noción de los negocios. Las cosas marchan de mal en peor; sin embargo, los hombres de negocio no despiertan; la Irlanda política es una especie de corona ignea con un centro opaco.

Todo esto parece tonto, ¿no es cierto?

¿Se resolverán nuestras cámaras de comercio a pensar en ello desde un punto de vista estrictamente de negocios? Si están satisfechas, nada más hay que decir en cuanto a ellas respecta. Si no, no sería bueno que se hicieran sentir un poquito?

Seguramente, tareas tan menudas, pero tan consumidoras de tiempo, como la administración de las islas contiguas a la costa británica, bien podrían quitársele de encima a los hombros sobrecargados del Gobierno inglés, con sólo poner a Irlanda en línea con la Isla del Hombre y con las islas del Canal, y de este modo devolverle sus asuntos e instituciones locales.

Después de todo, la Isla de *Sherky*, en el Río *Kenmare*, está gobernada, no desde *West*

minster, sino por su propio rey, cuyo cuerpo de guardia, que consiste únicamente en un alerta y enérgico toro, rechaza invasiones y mantiene el orden mucho más efectivamente que la multitud de batallones de la Metrópoli, con todos sus tanques, aeroplanos, bombas y ametralladoras.

¿Por qué no llamar, pues, «Devolución» a la ley de «Home Rule», y pasar ésta en segunda lectura por medio de un elocuente discurso que demuestre que la «devolución», muy lejos de significar la repudiación de la unión, constituye su consumación inevitable como «Unión de Corazones»?

Los nacionalistas votarían por ella por ser «Home Rule». Los unionistas votarían por ella por no serlo, y el público inglés aplaudiría la cosa como una hazaña más de sus estadistas, ya que la concepción popular inglesa del buen estadista es la facilidad para el enredo y la engañifa.

### Los irlandeses necesitan ser libres

Lo que los irlandeses desean es la libertad de su país.

Ahora bien, usted no puede hacer libre a un país o a un individuo sólo con redactar una lista de las cosas que se les va a consentir que hagan. La redacción de una lista semejante se llevaría cincuenta años cuando menos, cinco para ponerla en limpio y quinientos para discutirla en el Parlamento renglón por renglón. Y aun entonces seguiría siendo absurdamente incompleta, toda vez que tendría que abarcar todo cuanto es posible concebir como propio de la actividad humana y nadie recordaría ni la mitad de las cosas consignables.

Lo que puede hacerse es preparar una lista de las cosas que los hombres libres están siempre dispuestos a comprometerse a no hacer, a trueque de vivir en una sociedad estable donde sus personas y bienes estén protegidos, y de aquellas cosas que ellos están siempre dispuestos a hacer para darle vigor a sus pactos.

Un pacto de esta clase establece la libertad, no obligando a sus signatarios a que hagan determinadas cosas y a que no hagan otras determinadas cosas, sino dejándoles en libertad de hacer todo lo demás que se les antoje. Es precisamente para garantizar el orden y la paz para el ejercicio de esta libertad general, que ellos aceptan las limitaciones impuestas en el pacto general, y tan celosos son ellos de su libertad, que nunca incluyen en el pacto general la mitad de las cosas que debieran incluir.

He ahí por qué todo irlandés—y todo inglés—está hoy en libertad de hacer cosas por las cuales, en una comunidad organizada inteligentemente, merecería la horca. Hay crímenes, y muy serios por cierto, que nadie consiente que se incluyan en el Código penal porque todo el mundo espera cometerlos.

Este, sin embargo, no es el punto de que estoy tratando, que es el que la libertad de un hombre depende, no del número de las leyes que tenga que obedecer, sino en su radio de acción fuera de estas leyes. Si él no puede hacer nada sino lo que la ley expresamente autoriza u ordena, entonces es un esclavo, no importa cuan amplio sea el Código. Si puede hacerlo todo a excepción de lo que la ley expresamente le prohíbe hacer, él es libre, no importa lo draconiano que el código pueda ser.

Los niños que tienen que correr donde sus padres a pedirles permiso cuando quieren hacer algo, no son libres.

—Mamá, ¿podemos salir?

—¿Para qué quieren ustedes salir?

—Es sólo para ver pasar al Gobernador, madre.

—No; Dios libre que se atrevan a salir.

—Bien, mamá, ¿pero pueden salir Juanito y Pepito?

—¿Para qué quieren salir?

—Para tirarle piedras al cuartel de la policía, mamá.

—Ah! sí, que vayan, y tú también puedes ir con ellos, hijito. Pepito, no te olvides de tu catapulta.

He ahí un diálogo de esclavos. El niño libre sale sin pedir permiso y aplaude a Lord French o le tira piedras al cuartel de la policía, según se le antoje. Por regla general hace las dos cosas.

Es virtualmente imposible impedirle a una persona viviente que haga nada sin permiso previo. Ni siquiera el niño y el marido dominado por su mujer podrían sobrevivir si no actuaran alguna vez sin órdenes previas.

Pero es completamente fácil esclavizar a un cuerpo legislativo y, por conducto de éste, a la nación para la cual legisla. La ley de Poyning esclavizó al parlamento irlandés desde el momento en que le prohibía hacer nada sin el permiso de la Corona británica.

### El remanente de poder denegado

Cuando se dió comienzo a la emancipación de los Dominios con la del Canadá, apenas se tomó en cuenta la cuestión de que de-

pende la libertad; la de qué parte ha de disfrutar de los poderes remanentes. Aquellos eran los días de la infancia de la democracia y así, los poderes remanentes se dejaron técnicamente a Inglaterra. Pero cuando le tocó el turno a la Australia, la ola democrática ya había subido mucho. La mitad de Norte América se había desprendido de la Corona británica y conquistado su independencia. Esto fué seguido de la revolución francesa y de una serie de reformas legislativas en Londres que derogaron las presunciones en que se había basado el arreglo con el Canadá.

Australia exigió los poderes remanentes y los obtuvo. Y ha hecho un asombroso uso de ellos, poniendo en vigor una gran cantidad de legislación obrera que jamás habría tolerado Londres, ya que allí no se soñaba todavía con tales cosas.

El Canadá se fué arrogando, pacífica e insensiblemente, todos los poderes remanentes. Si un abogado en Derecho Constitucional le decía al Premier del Canadá que el Canadá no tenía facultades para promulgar tal o cual medida, el Premier sólo tenía que preguntar: "¿Qué nos puede pasar si a pesar de eso la promulgamos?"

El abogado tenía que replicar que nada sucedería, sino que la medida se convertiría en ley, y que Inglaterra se la tragaría hasta de rodillas antes que incitar al Canadá a declarar su independencia o a unirse a los Estados Unidos.

Esto le permitió al Canadá atacar las industrias inglesas por medio de tarifas hostiles, con tanto vigor como Inglaterra había atacado las industrias irlandesas, sin miedo ninguno de que se le advirtiese que Inglaterra podía tomar la revancha en el acto exigiendo que el Canadá se limitase a hacer uso sólo de los poderes que le habían sido devueltos.

Pero si Irlanda se dejase llevar por el grito de «Home Rule» a estilo de los Dominios, hasta aceptar una constitución basada en la primitiva del Canadá en lugar de la de Australia, Inglaterra quedaría en la mejor de las situaciones para burlarse de ella declarando «ultra vires» cualquier medida irlandesa que no estuviese expresamente consignada en una cláusula de la ley del «Home Rule».

La relación de todo esto con la «Devolución» resulta ahora, según espero, evidente. Para una nación que busca su libertad, la Devolución no significa otra cosa que "mi querido perrito, puedes llevarme el bas-

tón." Deja en Inglaterra todos los poderes remanentes y coloca sobre Irlanda la carga de todas las labores legislativas que la Cámara de los Comunes de Londres, por demasiado ocupada, o demasiado negligente, o demasiado estúpida, no pueda poner en vigor.

Esto se parece mucho a la doctrina, en el mundo industrial, de la «participación en los beneficios», doctrina que no es más que un sistema ingenioso de hacer que el obrero se reviente trabajando sin quebraderos de cabeza para su patrón. Sería de tan gran ayuda para el Parlamento inglés como los servicios de un buen ayuda de Cámara serían para un señor de avanzada edad que hasta entonces se hubiera cepillado por sí mismo la ropa.

Pero para Irlanda constituiría una agravación de su esclavitud y un aumento de la misma, ya que la afligiría con la carga de su propio gobierno sin la libertad de gobernarse a sí misma a su antojo. Descargaría a Inglaterra y cargaría a Irlanda sin que la carga fuera de ésta. Y la respuesta inevitable de Irlanda es: "A otro perro con ese hueso."

Si hemos de seguir perteneciendo voluntariamente a la comunidad británica, hemos de seguir exactamente en las mismas condiciones que Inglaterra. Primero, debemos ser tan libres como libre es Inglaterra, esto es, dispondremos de nuestra vida nacional a nuestro gusto y en la forma que se nos antoje, en todo aquello que no esté expresamente reservado en nuestro pacto con el imperio inglés. Ese pacto nos obligará, tanto como obligará a Inglaterra y a los Dominios, a hacer determinadas cosas, a dejar de hacer ciertas otras cosas y a aceptar una división específica del trabajo en toda labor de carácter público que se considerase necesaria o conveniente para los fines del organismo total.

Fuera de este pacto, nuestras relaciones con Inglaterra serán las mismas que las de Francia con Inglaterra, o los Estados Unidos con Suiza; esto es, las relaciones de un hombre mayor de edad con otro hombre mayor de edad.

Lo que se incluya dentro del contrato dependerá de los arreglos que se convengan; pero las relaciones que en él se establezcan entre Irlanda e Inglaterra serán las establecidas por el contrato australiano, a diferencia de las establecidas en el contrato original canadiense en cuanto a los poderes remanentes. Así pues, señora Devolución, adiós. Sírvase no volver más por aquí.

## ¿Por qué debemos dejar quieto a Méjico?

JOHN KONNETH TURNER

De "The Nation")

A cada noticia de disturbio, mala administración, destitución, confiscación, homicidios u otros desafueros, especialmente si figuran en ellos como víctimas súbditos americanos, se acostumbra ahora llevar al ánimo de las gentes que estamos de algún modo obligados a enviar fuerza armada a Méjico para «poner en orden» nuestros asuntos allí. Se nos dice que debemos enviar un ejército a Méjico para proteger las vidas americanas. A esto se puede contestar que con tal proceder no protegeríamos las vidas americanas, sino que las sacrificaríamos. No sólo las vidas de los americanos que hay ahora en Méjico correrían mayores riesgos que antes, sino que hay múltiples razones para creer que caerían muertos más americanos en el campo de batalla que el número total de americanos residentes actualmente en aquel país. Podríamos contestar también que los americanos están ahora razonablemente seguros en Méjico, y lo han estado siempre. El actual gobierno mejicano no mata a los americanos, ni incita al pueblo a matarlos. Teniendo en cuenta nuestras varias invasiones de aquel país, la ausencia de disturbios anti-americanos es algo que asombra. Algunos americanos han sido muertos, pero casi todos lo han sido por bandoleros de apartadas y solitarias regiones adonde se han empeñado en internarse, muchas veces contra el Consejo del gobierno mejicano y hasta del gobierno americano.

La lista de americanos muertos en Méjico en un período de ocho años, publicada por nuestro Embajador en Julio, daba un total de 217. Este número incluye a los miembros de nuestras fuerzas militares que han sido muertos durante nuestras varias invasiones. Incluye americanos que han formado parte de fuerzas rebeldes mejicanas. Incluye americanos que han sido muertos por ciudadanos americanos. Incluye americanos que fueron muertos, probablemente, por miembros de una fuerza rebelde pagada y sostenida por corporaciones petroleras americanas. Incluye americanos asesinados en un rapto de cólera por un cabeceilla de bandidos que fue apoyado y luego abandonado por el Gobierno de los Estados Unidos. Durante estos mismos ocho años, los asesinatos de americanos, mejicanos y otros «nacionales», en nuestro propio país, se elevan a miles. Figuran entre estos 400

lineamientos, un número de sangrientos motines raciales y numerosos homicidios cometidos como incidentes de robos. Abarcan éstos un número mucho mayor de mejicanos muertos por americanos que el número de americanos muertos en el mismo período en Méjico (por supuesto que el número de mejicanos en los Estados Unidos es muchas veces mayor que el número total de americanos en Méjico). Después del ataque de Villa en 1916, numerosos mejicanos pacíficos, laboriosos e indefensos, muchos de ellos propietarios de pequeñas fincas al lado de acá de la frontera, fueron asesinados por patrullas de policías, milicias locales y otros elementos empeñados en "hacer que los mejicanos paguen las fechorías de Pancho Villa" o en "hacer de éste un país de hombres blancos." De acuerdo con el informe de un investigador nombrado por el Coronel H. J. Slocum, del ejército americano, informe fechado en Febrero 12 de 1918, "el número de víctimas así sacrificadas en el Suroeste de Texas, por fuerzas de paz que se han arrogado las facultades de un tribunal de justicia, probablemente no será sabido jamás, aunque entiendo que el abogado F. C. Pierce tiene una lista que contiene unos trescientos nombres." Este informe fue impreso íntegro en Abril de 1918 y apareció en la «Mexican Review» publicada en Washington.

Mientras nosotros no demos entera protección a las vidas mejicanas en territorio americano, ¿cómo podemos exigir que Méjico dé entera protección a las vidas americanas en territorio mejicano? Mientras nosotros seamos incapaces de proteger plenamente las vidas americanas en territorio americano, ¿cómo podemos esperar que se protejan plenamente las vidas americanas en territorio mejicano? El modo de proteger las vidas americanas consiste en protegerlas, no en sacrificarlas. Lo que los intervencionistas nos están pidiendo es que sacrifiquemos las vidas americanas bajo el pretexto de protegerlas. Es obvio que los intervencionistas no pueden abrigar tal celo por la protección de las vidas americanas como tales; cualquiera ve que la protección de las vidas americanas no es la verdadera cuestión.

Pero entonces ¿cuál es la cuestión verdadera? ¿Son los principios? ¿Es cuestión de

principios que América esté obligada a hacer uso de su fuerza armada para proteger la vida de los ciudadanos americanos en otros países, sin tener en cuenta para nada hasta qué punto está en condiciones de protegerlas dentro del propio país? Se están haciendo toda clase de esfuerzos para llevar este punto de vista al ánimo del público. Pero, al igual que los otros argumentos intervencionistas, no resiste al más ligero examen. Si asumimos esta obligación en cuanto a nuestros compatriotas, tendríamos que conceder que nuestros vecinos tienen igual derecho a asumirla en cuanto a sus propios súbditos. ¿Podríamos conceder el derecho de Italia a enviar un ejército a Pennsylvania para proteger a los huelguistas italianos de ser asesinados por los carabineros del «trust» del acero? Hacer esto equivaldría a un abandono de la soberanía americana. Es una función de gobierno en los Estados Unidos el proteger la vida de los extranjeros, de igual modo que la de los naturales, hasta donde sea posible. Es una función de Gobierno en Méjico el proteger la vida de los extranjeros, al igual que la de los naturales, hasta donde sea posible. No hay gobierno sobre la tierra que pueda desempeñar cumplidamente esta función. Si ocurre que un gobierno puede, durante un período, desempeñarla un poco mejor que su vecino, esto no le da ningún derecho a extender su autoridad al territorio del vecino. Es dudoso, sin embargo, que las vidas mejicanas estén más seguras en Texas que lo están las vidas americanas en Méjico. Pero de lo que no hay duda es de que hay otros países en que los americanos están habitualmente más seguros que los extranjeros lo suelen estar en los Estados Unidos. Es una doctrina inmoral la que sólo se puede aplicar por un solo lado. De la misma manera que nosotros estamos obligados a mantener nuestra propia soberanía, lo estamos también, bajo toda consideración de derecho internacional y de ética, a respetar escrupulosamente la soberanía de nuestros vecinos.

Los ciudadanos americanos han tenido mucho tiempo disponible para poner a salvo sus vidas saliendo de las regiones peligrosas de Méjico. ¿Por qué permanecer allí? Sólo se ha dado siempre una contestación a esta pregunta: se han quedado allí por razones de negocio. En esta contestación está envuelta la verdadera cuestión. Por razones de negocio hay americanos que están dispuestos, no sólo a arriesgar la vida de sus empleados, y a veces hasta la de ellos mismos, sino también la vida de miles de otros americanos

que serían enviados a protegerlos. Imposible es negar este hecho. La explicación mejor, la más diáfana, de todo este intríngulis, la tenemos en el hecho de que la fuente matriz de la propaganda intervencionista no es ninguna institución humanitaria o filantrópica, sino una combinación de corporaciones bancarias, mineras y de otra índole cuya primaria razón de existir no es otra que el hacer dinero para sí mismas. Por supuesto que los señores que hablan a nombre de esta combinación, exponen una variedad de argumentos destinados a convencer al público de que el interés de sus negocios particulares en esta materia es también el interés del público y hasta el interés del pueblo mejicano y de la humanidad. De otra manera no podrían ni pensar en llevar a cabo su programa intervencionista.

Se nos asegura con variedad de argumentos que podemos y debemos «restaurar el orden» en Méjico, «limpiar el país» de bandidos y estafadores, darles «buen gobierno» a los mejicanos y mejorar su condición económica; que, bien mirado, Méjico es «nuestra tarea inmediata bajo la doctrina de Monroe» y que si nosotros no obligamos a Méjico a cumplir sus «obligaciones internacionales», Inglaterra, o cualquiera otro país, lo tendrá que hacer, envolviéndonos a nosotros en diferencias con la última; que Méjico está en peligro de caer bajo la influencia de Alemania o del Japón, lo que constituiría una amenaza para nuestra propia seguridad. Se nos presenta a Cuba como un brillante ejemplo de cómo podríamos establecer un «gobierno estable» de nativos, y después retirarnos generosamente. Finalmente, se nos dice que la prosperidad general está en cierto modo comprendida en los intereses particulares de los americanos en el exterior y que estamos bajo la obligación de proteger esos intereses, cueste lo que cueste a los mejicanos o a nosotros mismos.

Todos estos argumentos se basan en supercherías de una u otra clase; todos son falaces. Se nos dice que debemos enviar un ejército a Méjico para «restablecer el orden.» Una réplica a esto es que lo del desorden en Méjico ha sido considerablemente exagerado. Otra contestación es que todavía nosotros no hemos llegado a desempeñar satisfactoriamente la función de «mantener el orden» en nuestra propia casa y que las dificultades de mantener el orden en un país extranjero serían infinitamente mayores. Todavía otra contestación es que esfuerzos hechos en el pasado por nosotros para restablecer el orden en otros países, no dieron resultados muy brillantes.

Nuestra capacidad para restablecer el orden en Méjico dependería considerablemente de la clase de acogida que tuviéramos por parte de los mejicanos. Si nuestros esfuerzos fuesen acogidos con resentimiento y oposición—como lo serían seguramente—es evidente que inmediatamente habría un desorden mucho mayor que el que hubiese habido jamás. Tendríamos entre manos una guerra, para comenzar, y después de ella una situación de bandidaje, infinitamente más grave que la actual. Todo patriota mejicano se volvería «bandido», y tendríamos que acudir a métodos atroces para exterminar a los «bandidos».

La experiencia del presente y del pasado contradice cualquier teoría de que pudiéramos restablecer el orden dentro de un período razonable. Nosotros enviamos una expedición armada para capturar a Pancho Villa. Resultó un fracaso al cabo de once meses y sólo después de haber gastado cien millones de dólares del dinero del pueblo. Las tropas americanas han estado peleando, ilegalmente, para “restablecer el orden” en Haití desde Julio de 1915, y en Santo Domingo desde Mayo de 1916, pero el orden está lejos de haber sido restablecido en ninguno de estos países. Si no hemos podido “acabar con el bandidaje” en estos países llevándolo todo a punta de lanza, ¿cómo es posible esperar mejor suerte en una tentativa igual en Méjico cuyo poder de resistencia es incomparablemente mayor?

Se nos dice que podríamos “erigir un gobierno estable” sin una guerra de conquista. Pero si los mejicanos hicieran resistencia, ¿cómo podríamos dejar de apelar a una guerra de conquista antes de erigir cualquier clase de Gobierno? Habiendo erigido nuestro “gobierno estable” ¿por qué medios lo mantendríamos si no mediante una continua aplicación del mismo grado de violencia empleada para erigirlo? El gobierno que estableceríamos en Méjico, bien fuese administrado por mejicanos o bien por americanos, tendría que ser naturalmente un gobierno a gusto nuestro, esto es, que se ajustase a las miras de los líderes políticos y militares en cuyas manos estuviese el negocio, y especialmente a los intereses financieros que suministraron motivo para la empresa. La teoría de que podríamos retirarnos inmediatamente está basada en la presunción de que el Gobierno que estableciéramos satisfaría a los mejicanos. ¿Dónde está la base para esa presunción? Si los mejicanos hubieran deseado esa clase de gobierno lo probable es que lo

hubieran establecido ya ellos mismos, y las diferencias actuales no existirían.

Como ha podido ver todo el mundo, una de las aseveraciones favoritas de los intervencionistas es que los mejicanos no desean el gobierno que tienen actualmente: Una contestación concluyente a esto la encontramos en la historia de la subida al poder del gobierno actual. El partido de Carranza alcanzó su posición predominante, no de una manera repentina y por virtud de un golpe militar, sino lentamente, echando abajo a un gobierno que se había posesionado de los recursos militares y económicos del país. El gobierno actual ha sobrevivido a conspiraciones y contra-conspiraciones, a revueltas personales y a contra-revoluciones apoyadas resueltamente por el dinero y la influencia del lado de acá de la frontera. Subió al poder triunfalmente a despecho de la persistente enemistad de extranjeros influyentes y de la hostil intromisión de gobiernos extranjeros. Carranza personalmente no fué nunca un héroe militar ni un orador brillante; es avanzado en años; usa patillas; estuvo en relaciones con el viejo régimen. Estas circunstancias darían al traste con toda teoría de que el gobierno actual se elevó al poder por virtud de la personalidad de su jefe.

Derribado, pues, el actual gobierno, y una vez establecido nuestro «gobierno estable», ¿qué sería de éste en el instante mismo en que tratáramos de retirarnos? O bien caería inmediatamente, o bien tendría que vérselas inmediatamente con una revolución. Resultaría, pues, inestable. Sólo podríamos asegurar su estabilidad permaneciendo allí y manteniéndole por la fuerza armada. La idea de que podríamos establecer un gobierno estable en Méjico y después retirarnos, es una ilusión. La idea de que podríamos permanecer y establecer un régimen que resultase beneficioso para el pueblo mejicano, es otra ilusión. No se comprende que pueda ser beneficioso para un país el matar a miles de sus más inteligentes y progresistas ciudadanos, que es lo que inevitablemente tendría que suceder.

Tampoco hay ninguna razón para creer que el gobierno que nosotros impusiéramos sería más honrado, democrático, o en cualquiera forma más beneficioso que el gobierno que hubiéramos derribado. Nuestros gobiernos en Haití y Santo Domingo son despotismos militares. No existe allí libertad de palabra o de prensa, ni libertad política de ninguna clase. En Nicaragua, que nosotros he-

mos tenido bajo nuestro control absoluto desde 1912, la situación es semejante. Nosotros hicimos el ensayo de establecer un «gobierno estable» en esta «República hermana». El único modo que hemos encontrado de hacerlo estable es el de tener a la población constantemente bajo nuestros rifles. Bajo nuestro benéfico régimen los nicaragüenses no tienen ni libertad de palabra, ni libertad política de ninguna clase. Las elecciones nicaragüenses, bajo la supervisión de las fuerzas americanas, han tenido tanto de farsa como las elecciones manipuladas en Méjico en los días más negros del despotismo de Porfirio Díaz. Los americanos gobernaron Veracruz durante siete meses, pero no dieron a los mejicanos prensa libre. El General Funston suspendió los periódicos mejicanos en Veracruz. No le hemos dado gobierno propio a Puerto Rico, ni a las islas Vírgenes. En 1917 desembarcamos tropas en Cuba en apoyo de un gobierno que sólo se había mantenido en el Poder por el fraude.

Un americano prominente, al hacer la defensa de nuestra aventura haitiana, declaró: “Lo que aquellas gentes necesitan más que nada es que nosotros les enseñemos a vivir bajo un «gobierno honrado». ¿Será este señor de New York o de San Francisco, de Pittsburgh o de Chicago, de St. Louis o de Seattle, de Philadelphia, Indianópolis, Cincinnati o Terre Haute? ¿Será Representante o Senador? ¿De dónde será que ha podido encontrar un «gobierno honrado» en los Estados Unidos?

“Pero la Doctrina de Monroe lo menos que exige de nosotros es que obliguemos a Méjico a cumplir sus obligaciones internacionales.” ¿Qué obligaciones? ¿La obligación de pagar su deuda exterior? El gobierno mejicano no ha repudiado ninguna parte de su deuda exterior. Lo único que ha hecho es pedir a sus acreedores que esperen un poco. El Gobierno mejicano ha anunciado repetidamente su resolución de atender a todas las reclamaciones extranjeras legítimas, sean de la clase que sean. Varios de nuestros estados americanos han repudiado su deuda

recería de justificación que la atacásemos por eso. Al emplear la fuerza para obligar a Méjico a cumplir sus obligaciones internacionales, estaríamos violando una de nuestras propias obligaciones internacionales, una obligación más grande que la que Méjico habría infringido; la obligación de respetar la soberanía mejicana.

Existe, sin embargo, una teoría popular en los círculos de los Grandes Negocios y en los campamentos de los partidos demócrata y republicano, enmascarada bajo el nombre de Doctrina de Monroe—algunas veces denominada la «nueva» Doctrina de Monroe—que quiere arrastrar a América por esa senda. “Nosotros necesitamos a Méjico”: esta es la madre del cordero, que sale a relucir, a veces, en esas mismas palabras. Este argumento depende, para hacer favorable impresión, de una confusión mental en cuanto a la aplicación del pronombre «nosotros». Si nosotros conquistamos Méjico, una horda de merodeadores políticos afilaría sus dientes; oficiales de la Marina y del Ejército lograrían ascenso; los contratistas del Ejército y la Marina reventarían de gordos; las propiedades americanas en Méjico subirían de valor extraordinariamente; las oportunidades para las empresas lucrativas se multiplicarían. ¿Pero qué significaría todo esto para la inmensa mayoría de los americanos?

Tomo lo siguiente del testimonio de E. L. Doheny, un líder de la “Asociación Nacional para la Protección de los Derechos Americanos en Méjico,” que goza también del privilegio de ser uno de los más grandes productores de petróleo mejicano (vista pública de los asuntos mejicanos celebrada por el sub-Comité de Relaciones Exteriores del Senado, página 254, Septiembre 11 de 1919):

“El Gobierno inglés vió entonces (cuando agarró a Mesopotamia), la necesidad de hacerse cargo, en bien de sus súbditos y ‘para la mayor gloria del Imperio’ de las grandes minas de petróleo, aun cuando tuvo que echar mano para ello de medios que podrán estimarse cuestionables, y yo afirmo hoy que los Estados Unidos deben apoderarse de estas industrias para su nue-

nal de "agarra cuanto se te antoje donde lo lualles." Pero esta teoría envuelve algunas presunciones equivocadas. Aplicada al asunto de que tratamos, envuelve, en primer lugar, la presunción de que el petróleo mejicano es esencial a la vida de la nación americana. Esta presunción es absurda, toda vez que el petróleo doméstico americano se exporta en grandes cantidades y se derrocha en su proceso de producción en cantidades más grandes aún. Si el Gobierno de los Estados Unidos debe echar mano para sus industrias y para su pueblo de todas las minas de petróleo que encuentre, parecería evidente que debiera empezar por echar mano de las tierras que están ya bajo la bandera americana y en las que la guerra no es parte del proceso; que debiera mirar primero por la conservación efectiva del petróleo doméstico, que está siendo malbaratado precisamente por los mismos señores que nos presentan como un deber imperioso el agarrar el del vecino.

Al ir a la guerra para proteger las propiedades americanas en Méjico, tendríamos que gastar una cantidad mucho mayor del dinero del pueblo que el valor total de todas las propiedades que la guerra fuese a proteger. ¿No sería mejor, pues, para la nación, el comprarles a nuestros patrióticos ciudadanos que tienen inversiones en Méjico, el devolverles hasta el último dolar americano invertido, y no sólo el dolar que ha sido verdaderamente invertido, sino cada dólar que cualquier americano declarase que había invertido, antes que gastarnos una suma igual y encima enviar docenas de miles de americanos y mejicanos a la muerte? Por supuesto que yo no estoy abogando por esta alternativa. Y es muy dudoso en verdad que estos «patrióticos» señores la aceptaran. Ellos exigirán el pago no sólo de sus inversiones, sino también de sus «perspectivas» que ellos valían a más alto precio aun, y por las cuales creen justo que los demás arriesguemos el pellejo. Ellos no arriesgan el suyo ni lo arriesgarán. Lo que ellos quieren es que los demás arriesguen el pellejo y además sus intereses para proteger sus perspectivas, bajo la absurda idea de que el patriotismo lo exige así.

La teoría de Doheny—que es sólo una forma de exponer la vieja teoría del imperalismo—presume que los intereses nacionales son algo distinto de lo que son. Presume que el Derecho internacional no es lo que es. Presume que la soberanía de un país se extien-

de a las personas y propiedades de sus ciudadanos donde quiera que estén, lo que no es verdad. Pasa por alto el hecho de que Méjico es una nación soberana y de que la nación mejicana, actuando por conducto de su gobierno, tiene absoluto derecho de dominio sobre los recursos naturales de Méjico; que tiene el derecho de administrar, someter a tributos y disponer de estos recursos como lo crea conveniente de acuerdo con sus propias ideas sobre el bienestar general y sin ingerencia ni autorización de ningún poder extranjero. Despojada de retóricas, la teoría de Doheny equivale a esto: el Gobierno americano, en provecho de los capitalistas americanos, debe apoderarse en todas partes de todo cuanto crea conveniente, sin dársele un bledo de los derechos o intereses del pueblo americano, ni del pueblo de ningún otro país.

Contra todos los argumentos intervencionistas hay innumerables contestaciones terminantes. Una contestación que las comprende todas es el lema bajo el cual nosotros nos decíamos inspirados al entrar en la guerra: "para hacer al mundo apto para la democracia." Puede que sea penoso en este momento evocar esta declaración tal como fué enunciada por el Presidente de los Estados Unidos. Pero por muchas discrepancias que pueda haber entre las promesas del Presidente y sus actos, y fuesen cuales fuesen las causas de estas discrepancias, el Presidente no estaba solo al hacer profesión de alianza a estos principios. Las palabras del Presidente fueron refrendadas y repetidas por cada uno de los señores ricos y cada uno de los periódicos y cada uno de los políticos que ahora están pidiéndole a este país que apruebe un programa de intervención en Méjico, de igual modo que por cada uno de los otros que unieron su grito al de "hay que seguir al Presidente" o participaron de alguna manera en la propaganda de la guerra.

Por todo lo cual, una repudiación u olvido de estos principios por cualquiera de los que mostraron adherirse a ellos durante la guerra, no equivale a nada menos que a una confesión de haber participado deliberadamente en una conspiración de imposturas que dió lugar a la muerte de 75,000 jóvenes americanos en suelo extranjero, al terrorífico lisiamiento de otros 250,000, al gasto de treinta mil millones o más del dinero del pueblo y al sometimiento de más de cien millones de habitantes a todas las formas del dolor y del sacrificio.